

# Los Contemporáneos



LUZ DE LUNA

NOVELA POR

Wenceslao Fernández-Flórez

Número extraordinario

10 Cènts.

Ayuntamiento de Madrid



# PIANOS

**AUTOPIANOS y HARMONIUMS**  
de las mejores marcas, al contado y a plazos. Unica casa en PIANOS de verdadera ocasión, garantizados, desde 70 duros. Alquileres desde 10 pesetas. Afinaciones y reparaciones.—**CASA ALONSO**  
Fundada en 1865  
22, Valverde, 22.  
Teléfono 5.400.

**PARA BUENOS IMPRESOS  
:: Y SELLOS CAUCHO ::**

Manuel López Ortega (hijos).  
**ENCOMIENDA, 20 duplicado.**  
Gran rapidez :: :: Fundición diaria.

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

**Aceites y grasas  
:- lubricantes :-**

*Insuperable*

*para  
el engrase  
de  
los autos*



# OLEO-MOTOR

*Correas  
de  
transmisión  
y algodones  
para  
máquinas*

**SUCESORES DE E. STEINFELDT**  
Calle del Prado, núm. 15.—Teléfono 984.—MADRID

# LOS MUCHACHOS

**SEMANARIO INFANTIL**

Se publica los domingos

:-:

15 céntimos.

## SUMMIT

Tónico nervioso

Utilísimo a los convalecientes.  
Pedid prospectos.

El SUMMIT combate la Anemia, la Debilidad general, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositorios: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.  
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

## SUMMIT

Tónico nervioso



## LUZ DE LUNA

Cuando Aurelio Romay oía dar las ocho en el reloj del viejo Instituto Provincial, dejaba su pluma, tras limpiarla escrupulosamente de tinta, colocaba las contraventanas y guardaba en el interior del despacho la muestra de esmalte en que se lefa en letras azules: "Fabián Mouriz, Agente de embarques". Después emprendía una caminata lenta y aburrida hasta su casa.

Aurelio había llegado del pueblo natal a la capital de la provincia, hacía un par de años. Su padre, en plena decadencia económica y física, le había recomendado a don Fabián, al que frecuentemente suministraba ayuda en sus dudosos negocios de emigración. Tras una larga espera y grandes instancias, don Fabián le admitió: quince duros y lo que cayese. Si el muchacho era listo, podía hacer fortuna.

—Aunque... tal y como los tiempos se ponen, pronto será preciso que arregle mis propios documentos—añadió el agente gruñidor.

Y Aurelio recibió su menguado equipaje, un billete para el tren y una adusta admonición de su padre:

—¡Ea!... Ya estás en pie de vivir. Has pasado dieciocho años en la holganza; ahora, a trabajar. Ahí tienes un porvenir: ya ves, don Fabián... ¡Quisiera yo los billetes que guarda! Observa y aprende. Y si alguna vez llegas a algo, acuérdate de que tu padre es un pobre secretario de Ayuntamiento que tuvo que pasarlas muy negras para veros criados.

Pero Aurelio no sabía "hacer fortuna". En los dos años no pasó de escribir cartas y copiar circulares, y llevar recados a las

casas consignatarias de los buques. Ernesto, su compañero de escritorio, tenía siempre para él la compasión lastimosa que se guarda para los seres notoriamente inferiores. Ernesto sabía ir a la estación y esperar la llegada de las diligencias para recoger el rebaño de emigrantes desorientados y confusos, y guiarlos y acomodarlos y esprimirlos. Sabía hacer que a cada uno de ellos le faltase un requisito complementario de los documentos, por muy escrupulosos que éstos fuesen, y sabía, naturalmente, subsanarlo con pingüe provecho para sus bolsillos y los de don Fabián. No había emigrante que no dejase un vellón entre las garras ávidas de Ernesto y que no tuviese que marchar agradecido a sus oficios.

—¡Lo que es!... ¡Pues si no aciertas a dar conmigo no eres tú el que embarcas! Ya estarías a esta hora en el Juzgado. Pero, ¿quién diablos os arregla los papeles a vosotros, idiotas?...

Y el aldeano, medroso, se entregaba a él.

Aurelio recibió alguna vez la confianza de una de estas misiones. Un día llegó solo a la agencia. Unos hábiles "ganchos" le habían burlado una "remesa" de emigrantes, consignada a don Fabián. Don Fabián se indignó y estuvo a punto de expulsarle. Luego se conformó con tirarle un tintero y con prohibir que pusiese su mano en otras cosas que en la correspondencia y en la contabilidad de la casa.

—¡Eres una estúpida máquina, nada más! ¡Si no fuese por tu padre!...

Y él se resignó, convencido de su estupidez. No servía. Tenía que confesar que no



servía. Era un imbécil. Había cosas que le partían el corazón y hubiese renunciado a su empleo antes que hacerlas. Las mujerucas envejecidas que desfilaban por la agencia, le recordaban a veces a su propia madre, y le hacían sentir un enternecimiento íntimo. Su madre era así también, pequeña, arrugada. Como los de éstas mujeres, sus ojos estaban enrojecidos por las labores y por el llanto. Cuando se sentaba en la ancha cocina con un niño en los brazos y miraba distraídamente, pensando sabe Dios en qué, tenía el mismo aire de estas infelices que esperaban en los bancos de la agencia a que les llegase su turno. Ernesto las trataba con su alegre rudeza habitual; al dar el dinero lo extrañan lentamente de sus faltriqueras, levantando poco a poco el mandil obscuro y la falda de bordes deshilachados. Los billetes los traían en el pecho, junto a la misma piel morena y rugosa. Olfan a sudor, al sudor con que habían sido logrados, bajo el sol y la lluvia, sobre los surcos de la tierra aldeana.

Ernesto tenía una burla para el ademán remiso de las mujeres. Luego contaba rápidamente el dinero y lo sepultaba en el cajón. Aurelio admiraba sinceramente a su compañero.

—Este es un hombre fuerte—se decía—; hará porvenir.

Y sentía un poco de envidia.

Pero, a pesar de su desaliento, de su falta de confianza en sí mismo, perseveraba en su labor, sin que se le hubiese ocurrido nunca abandonar su asiento en el despacho de don Fabián para cambiarlo por otro empleo cualquiera. La noción de su pequeñez le retenía. Cuando pisaba la cubierta de un trasatlántico, conduciendo a los clientes de la agencia, le asaltaba un miedo sutil e imprevisible. ¿Qué habría tras del misterio del mar, tras aquella línea de agua que se fundía muy lejos con la línea de las nubes?... ¿Qué ciudad fabulosa, qué lucha gigantesca tragaba los millares y millares de seres que desde esta orilla se enviaban un día y otro día, un mes y un año tras otro, en una leva monstruosa de miserias y de desesperaciones?... A Aurelio le aterraba la idea de confundirse con ellos y marchar a la batalla en el país remoto. Había oído historias de una gran amargura: las zafras donde la gente moría bajo el sol, el látigo o el revólver de los capataces; las viejas historias de una esclavitud que se creía extinguida, revivir trágicas, llenas de llanto y de sangre. Cuando algún indiano regresaba con el cinto lleno de monedas de oro o con la cartera rebotando billetes, oía decir a don Fabián:

—Ese, lo menos que hizo fue robar. ¡Vaya

usted a saber!... Trabajando honradamente nadie se hace rico.

Y esta propensión a creer en el mal, instintiva en quien del mal vivía, acrecentaba los temores fantásticos de Aurelio hacia la lejana América, devoradora de hombres, de donde—al decir de don Fabián—se volvía triunfante tan sólo a costa de una lucha de emboscadas.

\*\*\*

Aurelio vivía en una casa de huéspedes modestísima, en un extremo de la ciudad, donde las calles tortuosas hacían cuesta y tal cual viejo caserón abandonado amenazaba dejar caer su blasonada fachada de piedra sobre los escasos transeúntes. Su vivienda era antigua también. Crujían las tablas carcomidas y oscuras a cada pisada y ponía el nitro su terciopelo blanco en las paredes externas, y alguna vez, un golpe brusco dado en el piso superior,—el salto de un chiquillo, la caída de un mueble,—parecía ir a provocar definitivamente el derrumbamiento inevitable del techo.

La patrona era una mujer alta, delgada, de semblante triste, de pelo gris. Tenía siempre una queja en los labios: se quejaba del tiempo, del marido, de la carestía, de los huéspedes, de la hija, de todo. El marido era una sombra, no más, en la vivienda. Tenía cincuenta y cinco años; era pequeño, grueso, con la gordura blanda y repugnante de los sapos; las mejillas le colgaban en bolsas surcadas por rayitas de color carmesí; tenía en bolsas también los párpados y el pescuezo. Entre la piel abundante, los ojos, ahogados en ella, asomaban como una línea para mirar. El bigote estaba teñido de rubio por la nicotina. El marido no trabajaba nunca, no hablaba nunca, no salía de casa jamás. Llevaba una gorra constantemente calada, llevaba una chaqueta raída y unas pantuflas silenciosas, que hacían apenas un leve rumor al ser arrastradas, cuando el hombre se decidía a moverse.

La hija era una muchachita pálida, de grandes ojos enfermos, sin frescura y sin juventud, a pesar de sus veinte años; solía andar por casa despeinada, envuelta en una mantón y en una falda recosida. Como única coquetería, llevaba liado al cuello un pañuelo de seda para ocultar una cicatriz de una es-

crófula. quiera la día y o llenaban por toda agonía.

Imbuto Aurelio s contra la vió a rec tal de su el cuarto, el joven

Calladame de aquel mente ign biese encu mino fati ordenada movable. los nudill

ma la jo

—Elvira

Y era

—Come

hija no h

Y Aure

que la m

los dos a

por hacé

que Elvir

madre y

horas en

te, arrast

otra.

El nue

así. Don

hacía un

era andal

Tenía una

gaban raf

veces lleg

algún día

repartía e

una ocasi

hablaba,

—Don

señora...

¿Quiere v

Y el vi

colilla ap

párpados

Luego to

bien lenta

Don An

comisión

La casa l

por cada

guas y leg

los sacer



erófula. Frecuentemente una dolencia cualquiera la retenía en cama. Y estaba así un día y otro; entonces, sus débiles quejidos llenaban el callar de la casa, y difundían por toda ella una angustiosa impresión de agonía.

Imbuído por aquel ambiente, la timidez de Aurelio se acrecentaba. No protestó una vez contra la cicatería de la comida ni se atrevió a reclamar cuando, roto una vez un cristal de su ventana, el viento frío entraba en el cuarto, venciendo a los periódicos con que el joven había intentado sustituir el vidrio. Calladamente, desarrollaba su vida al lado de aquellas otras vidas calladas, sombrías, igualmente. Era como si un autómatas hubiese encontrado otros autómatas en un camino fatal, en una marcha entre penumbras, ordenada y regida por un mecanismo inmovible. A veces, al levantarse, golpeaba con los nudillos en la puerta del cuarto donde gemía la joven:

—Elvira ¿qué tal?... ¿Cómo va hoy?

Y era la madre la que contestaba:

—Como siempre. ¡Déjeme en paz; esta hija no hace más que darme disgustos!...

Y Aurelio marchaba sin conmoverse, porque la monotonía del espectáculo diario, a los dos años de convivencia, había acabado por hacérselo parecer natural. Era natural que Elvira enfermase y que se lamentase su madre y que el padre se estuviese horas y horas en un rincón, o se moviese lentamente, arrastrando los pies de una habitación a otra.

El nuevo huésped, don Armando, no era así. Don Armando había llegado a la casa hacía un par de meses nada más. Decía que era andaluz, pero, en verdad, era ferrolano. Tenía una guitarra vieja en su cuarto y un gabán raído y un templado buen humor. A veces llegaba a decir piropos a la enferma; algún día compraba fruta en la calle y la repartía en la mesa con Aurelio. En más de una ocasión, le decía chirigotas al viejo o le hablaba, burlón, de mujeres:

—Don Manuel, debuta hoy en el cine una señora... ¡Vaya una señora, don Manuel!... ¿Quiere venir a verla?

Y el viejo, desde un rincón, mascando la colilla apagada, separaba penosamente los párpados carnosos y lo miraba, sin hablar. Luego tornaba a cerrar los párpados, también lentamente.

Don Armando era comisionista. Vendía en comisión diccionarios y libros de consulta. La casa le daba un pequeño tanto por ciento por cada obra vendida. A veces andaba leguas y leguas, para visitar a los médicos o a los sacerdotes de las aldeas del contorno, y

volvía a la noche, lleno de polvo o lleno de barro. Las ventas eran difíciles y los derechos que percibía, tacaños, pero él procuraba no perder el humor. Una vez, tras una caminata por las aldeas, rompió las botas, y las recompuso hábilmente con cartón. Desde entonces, los días en que caía la lluvia, Armando se quedaba en casa; descolgaba la ronciosa guitarra y se ponía a cantar a media voz, delante del anciano que mascaba incessantemente la colilla, mirando a veces al cantador con una mirada mortecina.

Aurelio tenía también cierto respeto al comisionista; le gustaba oírle hablar; cuando el comisionista hizo, en una charla de sobremesa, alusión a un pasado esplendoroso, a una familia propietaria de dehesas en Córdoba, a unos estudios brillantes abandonados por una calaverada, el respeto de Aurelio creció en proporciones considerables.

\*\*\*

La habitación de Aurelio tenía una ventana que miraba a un patio cerrado entre casas. En el patio había un cobertizo donde un hombre tosco metía todas las noches dos mulas, entre juramentos y latigazos. Un poco más lejos crecía un sauce, comprimido entre las baldosas. En la casa fronterá, más allá del cobertizo y del sauce, vivía Guadalupe, la novia de Aurelio.

¡Oh, era una historia fácil y vulgar!... Un día la vio él en el amplio balcón de madera, donde había siempre una cuerda de esparto soportando ropa puesta a secar. Otro día lo vio ella apoyado en el alféizar de la ventana, cosiendo un botón del chaleco. Y ella se rió y él escondió el chaleco, apresurado, y se sintió en ridículo y cerró la ventana. Otro día, los hermanitos de Guadalupe le deslumbraron con un rayo de sol recogido en un espejo. Y surgió Guadalupe y les rió blandamente, y pidió perdón. Aurelio contestó con un gesto confuso. Después, se saludaron, al verse, con un movimiento de cabeza. Luego, se decían:

—¡Buenos días, vecino!

—¡Buenos días, vecina!

Y el acaso los juntó en un teatrillo, la tarde de un domingo: y como cerca vivían, juntos fueron hacia sus casas. Y otra vez se vieron en una calle y se detuvieron a char-



lar. Y ella sintió una honda compasión hacia el muchacho tímido y humilde que cosía los botones en la ventana; y él se fué enamorando intensamente de aquella mujercita bondadosa y alegre, de quien oía palabras fortalecedoras. Y así, suavemente, naturalmente, con la sencillez de las cosas vulgares, fueron novios los dos, un anochecer en que anduvieron más lentamente por las calles y eran más premiosas sus palabras y más cobardes sus ojos, y en que, al despedirse, las manos estuvieron juntas unos segundos más.

Así fué. Un sutilísimo aroma de poesía se difundió en la vida del joven. Sentía emociones bruscas, sin causa; alguna vez permanecía largo tiempo con la pluma en el aire, sobre los libros de la agencia; el mundo exterior se difuminó más y se hizo casi indiferente para él. Toda su ansia estaba puesta en la entrevista con Guadalupe. Hablaban unos instantes en el portal de la casa; luego, desde la ventana al balcón, por sobre el patio medianero, cambiaban una substanciosa postdata a la charla.

Guadalupe era dulce y era buena. Era una mujercita formal. Su madre había muerto hacía años, y, desde entonces, ella la sustituía en la casa. Trabajaba sin cansancio. Por las mañanas la oía Aurelio ir y venir golpeando los muebles con un paño para sacudir el polvo, remover cacerolas, amonestar a los chiquillos inquietos. Cantaba siempre, con una voz fresca y alegre. A veces se asomaba al balcón de madera a sacudir una alfombra o a airear un vestido... Entonces veía a Aurelio y cesaba en su canto y le hacía un mohín de burla cariñosa.

Y así pasaron meses. Cuando llegó el otoño, la corriente emigratoria, más copiosa retuvo al joven en su trabajo mucho más tiempo. Salía de la agencia en la madrugada, volvía a ella después de cuatro o cinco horas consagradas al sueño. Casi siempre, Guadalupe le esperaba en el balcón, envuelta en una toca:

—¿Trabajaste mucho, pobrecito mío?

—Mucho, Guadalupe.

—¿A qué hora tienes que volver?

—A las ocho.

—Pues, en: a dormir. Te estás matando.

Y se retiraba. Y él se acostaba, feliz con aquella caricia verbal de compasión. Entró el invierno, y Guadalupe no pudo bajar al portal. Los niños se acostaban temprano, el padre estaba ya en casa cuando Aurelio volvía del despacho... Un día, Guadalupe ofreció una solución a su común impaciencia:

—¿Por qué no le hablas a mi padre?

El se encogió, tímidamente:

—¿Y si se indigna?

Rió ella, a su sabor:

—¿Tú crees?... ¡Cuando yo te lo digo, tonito!... Mi padre me quiere mucho y sabe que yo te quiero a ti; sabe también que eres un buen muchacho.

—Bien; si a ti te parece...

Y al día siguiente, al salir de la agencia, dió un gran rodeo, preocupado, irresoluto, pensando en las frases que debía emplear. Cuando llegó a la casa de su novia, no había acertado aún a hilvanar un párrafo adecuado. Pensó en continuar andando sin entrar. Pero Guadalupe estaba asomada. Le hizo una señal jubilosa. Y él entró; subió las escaleras. Arriba, en la puerta, la novia le esperaba, riendo:

—Ya le avisé...

Lo empujó hacia adentro. Llegó a un comedorcito pulcro, modesto. El no veía los muebles ni las paredes ni a su novia... En el comedor, un hombre de barba entrecana, de rostro ancho, bondadoso, lo recibió. Aurelio dijo:

—Buenas noches.

Y dió unas vueltas al sombrero en las manos. El hombre sonreía; le señaló el diván.

—Siéntese.

Pero Aurelio siguió de pie.

—Siéntese.

—Muchas gracias.

Y no se movió. Después de estas palabras se le había secado la boca y se le había obstruido la garganta. Miraba obstinadamente para un búcaro de vidrio puesto en medio de la mesa; advertía que el búcaro tenía un trocito roto, y que las flores eran rojas y blancas. No veía más. Continuó dando vueltas a su sombrero. Hubo un silencio que creyó de centurias. Notó que se ponía muy encarnado; pero no acertó qué decir.

De pronto, Guadalupe, medio oculta tras él, se echó a reír a carcajadas. Intimamente, agradeció él esta risa que ahuyentaba el silencio. El padre, contagiado, rió también. Aurelio se puso más encarnado y sonrió y se atrevió a mirar a aquel hombre. Y el hombre le tendió la mano y lo llevó hasta el diván.

—Bien; ya sé a lo que viene usted; me lo ha dicho Lupe. Y no me opongo. Es usted un muchacho honrado y trabajador, y yo no quiero otra cosa para mi hija. Aun son ustedes jóvenes y no es cosa de llevar esto muy de prisa; primero tiene usted que crearse un "con qué". Interin, puede usted venir a ver a Lupe cuando yo esté en casa.

Dijo todo esto sencillamente. Aurelio le miró a los ojos y se sintió conmovido por toda esta bondad y todo este afecto franco y generoso. Balbució entonces...

—Yo...  
El p...  
sentarse...  
bién, y...  
donar...  
más bi...  
Guadalupe...  
—Yo...  
ellos qu...

El bar...  
un barr...  
Por las...  
seunte d...  
faroles...  
contorno...  
ambiente...  
el cielo...  
reflejo d...  
vía solita...  
zan en u...  
un rumor...

Y toda...  
tienen un...  
tud, con...  
tanás de...  
en el pa...  
y, a vec...  
y acaso...  
uno de lo...  
sobresalto...

En la...  
dra, cesa...  
Diríase...  
ma imper...  
a acera...  
las viejas...  
un gato...  
mostrar...  
sos de un...

Y, ac...  
allí y huf...  
mada rev...  
de la lun...  
las losas...  
da difusió...  
guna vez...  
mentó Gi...

—¡Me...  
Luna!...  
pudiese s...  
nas.



—Yo quiero mucho a Guadalupe...

El padre sonrió. Luego, la novia vino a sentarse junto a él, un poco conmovida, también, y aquella noche, Aurelio se dijo al abandonar la casa, que llegaría a dejarse matar, más bien, que deseaba hacerse matar por Guadalupe o por el padre de Guadalupe.

—Yo seré torpe, pero quisiera que viesen ellos que soy bueno y que los sé querer.

\*\*\*

El barrio donde vivían los enamorados era un barrio triste, apacible, de casas vetustas. Por las noches las pisadas de algún transeunte despertaban el eco. Las llamas de los faroles se elevaban quietas, con un mismo contorno dentado, como petrificadas en el ambiente de paz. La calle desierta, sola. En el cielo, una claridad suave, reflejo de luna, reflejo de los focos que arden más allá de la vía solitaria y vieja, donde las gentes se cruzan en un trajín del que no llega más que un rumor remoto y sordo.

Y todas las casas vetustas de esta calle tienen un sombrío aspecto de sueño, de quietud, con sus puertas cerradas, con sus ventanas de pequeños vidrios. El sauce que crece en el patio, asoma sus ramas sobre el muro, y, a veces, mueve la cabellera de su copa, y acaso brilla entonces un reflejo de luz en uno de los vidrios, fingiendo un parpadeo de sobresalto ante el ruidillo sutil de las hojas.

En la ventana de ancho alféizar de piedra, cesaba a veces la charla de los jóvenes. Diríase que imponía el silencio aquella calma imperativa que lo llenaba todo, de acera a acera, y el interior de la casa donde, de las viejas vigas, pendía una luz, y dormía un gato sobre el suelo de anchas tablas que mostraban sus nudos en relieve, como los huesos de un anciano.

Y, acaso, una ráfaga extraviada, llegaba allí y huía más ligera aún, desoyendo la llamada reverenciosa del sauce, Y acaso la luz de la luna mentía un río de blancura sobre las losas; y los enamorados sentían una honda difusión de dulzura en sus almas, y, alguna vez, en ese momento de solemnidad, comentó Guadalupe:

—¡Me gusta tanto esta luz, la luz de la Luna!... Es como la piedad que un triste pudiese sentir para todas las tristezas ajenas.

Y Aurelio callaba, porque aquel ajeno romanticismo llegaba a su espíritu confusamente, inconcreto, a manera de una emoción imprecisa. Pero sentía más grande su ansia de amar, y era esta ansia reposada y burguesa. Diríase que la madurez del sauce y la madurez de las casas severas, le sugerían ideas sedantes, deseos tranquilos. Soñaba en voz alta un futuro de vivir apacible.

—Verás: yo llegaré a tener un buen sueldo. Trabajaré mucho; ganaré. Entonces, nos casamos. En una noche como esta, después de cenar, saldremos a dar un paseo por la ciudad, porque en todo el día me habrán retenido los negocios en mi despacho. En el invierno saldremos también. Me gustará ir cogidos del brazo oyendo cómo redobla la lluvia en el paraguas. Alguna vez,—los sábados ¿verdad?—veremos una función teatral. Yo te diré: "He comprado dos butacas". Y tú me reñirás: "Hay muchos gastos". Pero aquel día he ganado yo mucho; traigo un billete del Banco, y te lo doy. Entonces tú me confesarás francamente que deseabas ir a la función y que estás muy alegre. Y seremos muy felices así.

Guadalupe lo escuchaba sonriente, dando plasticidad en su interior a las imágenes que suscitaba el amado. Y se miraban largamente, absortos en el humilde ideal.

Y pasaba otro silencio duradero.

Volvía del fondo de la calle la ráfaga extraviada, huyendo de la triste quietud y de las tristes luces, y volvía el viejo sauce a saludarla, con un melancólico saludo.

\*\*\*

Aurelio iba muchas veces a bordo de los grandes buques, a conducir hasta ellos al torpe rebaño de emigrantes. En ocasiones se reunían todos junto a la agencia; pero, cuando el barco entraba de madrugada, era preciso irlos a buscar a sus hospedajes.

Las fondas donde buscaban refugio para la espera eran sórdidas, sucias, oscuras. Las invadía el olor de tanto cuerpo hacinado y sudoroso. Al entrar en las habitaciones un vaho denso y repugnante provocaba la náusea. Dormían en grupos, en montones. En las épocas de emigración caudalosa, se acostaban cuatro o cinco en el mismo lecho, y se tendían otros en colchones o en mantas extendidas sobre las tablas del piso. Cuando se





daba la voz avisadora, había un rebullir de cuerpos, lento primero, precipitado después. Los hombres se ponían las chaquetas, las mujeres ataban sus pañuelos a la cabeza. Iban saliendo, después de un confuso rebuscar de maletas y bultos. Toda la casa se llenaba del ruido de sus zuecos claveteados y de sus toses y de su bronco hablar, en el que el sueño y la emoción ponían un acento grave.

Marchaban todos tras Aurelio. En el muelle, antes de embarcar, muchas mujeres se santiguaban. Estaba negro el mar, negro como si fuese un abismo; los emigrantes deslumbrados por la luz del farol que iluminaba el comienzo de la escalerilla, no veían la lan-cha y se detenían recelosos en los tramos. Los boteros los llamaban a grandes voces, hablandolos en su propio dialecto, con un constante son de burla desdeñosa. Las mujeres no se atrevían a saltar; entregaban sus hijos, embarcaban las maletas, recogían la falda hasta mostrar el rojo refajo; después se dejaban arrebatrar por los brazos recios de los marineros.

—¡Ea, que es muy tarde!

No había despedidas ni emoción externa; los hombres no eran más que bultos en el lanchón que los conducía. Los enormes remos iban batiendo lentamente el agua; y las heridas que en el agua abrían eran de luz, y de luz el remolino proal y la estela. La lucecita verde de un espigón temblaba en el mar, al reflejarse, y, más allá, otra lucecita roja. Y, a veces, quebrantaba súbitamente el silencio el aullido pavoroso de una sirena; alguna mujer se asustaba en el lanchón, veía algún hombre; y cerca o lejos, un vaporcito pesquero se movía entre las sombras y pasaba, aparentemente despacio, hacia la boca del puerto; en ocasiones se oía el jadeo de su máquina y salían pavesas encendidas por la boca de su chimenea.

Distante, el trasatlántico mostraba sus cintas de luz, como una pequeña ciudad iluminada. Pequeños botes lo sitiaban, inquietos, levemente sacudidos por el mar, en torno al gigante inmovilizado. Iban, venían, se acercaban; alzábale de ellos un confuso griterío, ofreciendo frutas y bebidas y telas. Diríase un enjambre de hormigas rodeando el cadáver de un topo, afanadas en idear la manera de llevarse a sus diminutos graneros.

Y los emigrantes iban subiendo la escalerilla del buque, fuertemente asidos al pasamanos, con cierto miedo al mar que, debajo de ellos, hacía bailar como cosas vivas los reflejos de las luces de a bordo. Después, en el portalón, iban pasando por las pruebas prescritas por la ley. Luego, el joven los veía perderse por los rincones oscuros o sumirse

por las escotillas o sentarse sobre las maletas a meditar sabe Dios en qué cosas confusas. Algunos, apoyados en la regala, miraban la tierra distante. La ciudad era una diadema espléndida de luz. Aurelio conocía las calles desde el entrepuente, por los tonos de esa misma luz. Aquel resplandor blanco que subía al cielo era de la calle del Rey, iluminados con focos; aquel otro, amarillento, débil, eran las vías de la ciudad vieja, que tenía faroles de gas. Luego, aquellas lucecitas tristes, perdidas, diseminadas aquí y allá, como en un cementerio, eran los barrios del arrabal, poblados de obreros. Y sobre todas las luces, junto al cielo, sola, magnífica, potente, la estrella luminosa del faro, que recorría con haces brillantes todo el horizonte, en derredor.

Bajo el reflejo amarillento estaba su casa y la casa de Guadalupe; a veces trataba de descubrirla, entre la misma negrura de la noche. Muchas veces, también, pensaba en la novia cariñosa y modesta, al recorrer la cubierta reservada al pasaje de preferencia.

Mujeres elegantes, de una belleza exótica, paseaban o se dejaban adormecer tendidas en amplios sillones de mimbre. Algunas fumaban cigarrillos. Pasaban otras hacia el "buffet" luciendo trajes riquísimos... Aurelio sentía exacerbarse su amor.

—Si alguna vez tuviese yo dinero—se decía—Lupe y yo haríamos un viaje de placer en un barco así.

Veía a la adorada, se veía él, felices en aquel ambiente de comodidad y de laxitud y de riqueza. Tendrían un camarote pintado de blanco de esmalte, los reverenciaban los camareros vestidos de frac, se tumbarían en los sillones de mimbres mientras el buque andaba—ella tendría entonces un largo velo en la cabeza, y el viento haría flamear las puntas—y comerían en el comedor lujoso, de maderas preciosas, aquellos platos que él había gustado una vez, desvanecido de asombro: *roast-beef* con mermelada de ciruelas... un puré extraño servido dentro de un cestillo hecho con patatas fritas... ¡Con patatas fritas, sí, señor!...

No se cansaba de contarlos. Su patrona creía que era una fantasía. Guadalupe se inclinaba más a tomarlo por realidad. La pobre era muy buena; un día quiso hacer un cestito de patatas fritas entrelazadas para regalárselo a él, y no había acertado.

Cuando Aurelio volvía a su casa, por las calles desiertas, se detenía en la de Guadalupe. Las ventanas estaban cerradas, la vía silenciosa. Pensaba él:

—Ahora duerme.

Y la veía castamente en el lecho, quise



con un brazo fuera del cobijo de las sábanas; le parecía oírle respirar. En la habitación había una lamparilla de aceite y un cromo de la Virgen. Dentro de la casa reinaba una profunda quietud. Acaso un niño gimiese en su alcoba, torturado por una pesadilla, o el gato hiciese un blando ruido al saltar desde la cocina al suelo, husmeando un ratón... Guadalupe soñaría con el novio bueno, con el novio humilde... Aurelio se advertía invadido de ternura. Después, antes de acostarse, miraba a través de los vidrios el amplio balcón de madera, donde blanqueaba la ropa puesta a secar.

Y se metía en el lecho. Alguna vez oía sonar, remota, la sirena del trasatlántico; pero el ronco sonido que hacía vibrar la vieja casa, no le sugería emoción. El espectáculo del toscó tropel le era ya familiar. Apagaba la luz, pensando en Guadalupe y se dormía.

\*\*\*

Una vez entró en la agencia un hombrecillo desmedrado y seco. Asomó el rostro por la ventanilla e inquirió:

—¿Don Fabián Mouriz?...

Don Fabián contestó, algo desabrido:

—¿Qué quiere?

El hombrecillo empujó la puerta y entró.

—Vengo a arreglar un pasaje... Quiero hablar con usted.

El agente scrutó en el rostro del recién llegado y abandonó su pupitre:

—Síntese. ¿Es usted el que marcha?

—No, señor.

El cliente se sentó, dejó su sombrero sobre una mesa; agregó:

—Es un hijo mío.

—¿Trae los documentos?

Hubo un momento de vacilación; el hombrecillo repitió:

—Quiero hablar con usted.

Don Fabián aproximó más su silla, ordenando a Aurelio:

—Cierra la ventana; que esperen esos. Puede usted hablar.

Y el anciano comenzó, balbuceante:

—Yo no traigo los documentos... Mi hijo no tiene los papeles en regla...

Don Fabián calló.

—Mi hijo... va a entrar en quintas ahora... Le haría falta marchar sin papeles.

Don Fabián lo miró fijamente.

—¿Y quiere usted que yo lo embarque sin documentos?...

Hubo otra pausa; el viejo se sentía azorado bajo el mirar de don Fabián.

—No puede ser; yo no puedo hacer eso.

Asomó la angustia a la cara rugosa del hombrecillo. Inquirió, al fin.

—¿Qué puede hacer?

—Que traiga unos papeles en regla... De él o de otro ¿sabe usted?, pero en regla.

—¿Y, así, marcharía?

—Así sería mucho más fácil que marchase. El cliente respiró, tranquilizado.

—Es que yo quiero que mi hijo se vaya en el barco que sale mañana.

—Bien.

—Y yo—balbuceó otra vez—yo no puedo buscar esos papeles en ese plazo...

—Algún vecino...

—Soy de muy lejos, señor.

—¿Qué quiere usted entonces?

El anciano cobró energías:

—Yo quiero que usted se encargue de todo. Yo pagaré los gastos; pagaré lo que usted me mande pagar.

Había una súplica ansiosa en el rostro afeitado, expresivo, del viejo. Don Fabián se reclinó en su silla.

—Lo intentaré. Pagando bien, las cosas se facilitan mucho. ¿Para mañana dice usted?

—Para mañana mismo.

—Buscaré. Vuelva por la mañana, a primera hora. ¿Qué edad representará su hijo, poco más o menos.

—Mi hijo tiene treinta y dos años.

Don Fabián movió la cabeza, como quien al fin oye una cosa ya esperada, y se rió falsamente.

—¡Ah, ah!... Treinta y dos años... ¿Sabe usted que es extraño que a esa edad llamen a filas a su hijo?

El pobre diablo, confuso, inquieto, se revolvió en la silla. La sonrisa mefistóflica y el mirar punzante de don Fabián, le acosaban. Se resolvió a afirmar, algo pálido:

—Es verdad; mi hijo no escapa por eso, sino por algo que, por desgracia, tiene mayor gravedad. No me importa decirselo a usted, porque sé que usted ha hecho muchas veces cosas como esta que le propongo. Pero hablemos a solas.

Don Fabián lo llevó a un cuarto interior. Pasaron unos minutos, pasó un cuarto de hora. Ernesto entró. Traía un poco frío de la calle; el otoño se presentaba inclemente.

Dió unos paseos precipitados, frotándose las manos con violencia. Al fin se detuvo ante la mesa de Aurelio:

—¿Qué hay? ¿Y el patrón?

—Ahí, en el cuartito.



—Hay confesiones.

—Parece que sí.

—Menos mal.

Y siguió sus paseos.

Al fin salió don Fabián y su cliente. Don Fabián lo despidió con cierta protectora cortesía.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana.

Cerró la puerta de cristales, tras él. Luego se volvió hacia Ernesto, guiñó un ojo y sonrió con aire de picardía y de complacencia. Ernesto lo estudiaba para calcular la importancia de la cuestión.

—¿Qué?...

Don Fabián hizo un gesto expresivo:

—Mañana tienes tú que ir a bordo. Vas a llevar a un prójimo de cuidado.

—Muy bien.

—Creo que ayer, en una disputa, "aseguró" a otro. Es de León. Probablemente no habrán enviado aquí el aviso. El padre dice que tomaron todas las precauciones para huir sin que se sospeche adónde; dejan una falsa pista.

—Y... ¿merece la pena?...

Don Fabián tornó a sonreír:

—¡Hombre... tú verás!... Me ha dado mil pesetas como arras y otras mil cuando haya salido el buque con el muchacho dentro. Jura que no tiene un céntimo más. Es preciso buscar unos documentos para ese pájaro.

Se volvió hacia Aurelio:

—¿Falta mucha gente por despachar?

—Alguna falta.

—Puedes abrir la ventanilla.

Aurelio obedeció. Un grupo de emigrantes se acercó al hueco, y unos tras otros fueron asomándose a él. El joven recogía los documentos, don Fabián iba, después, examinándolos rápidamente. Desfilaban así algunas mujeres, algunos rapazuelos. De pronto, don Fabián alzó la cabeza y miró atentamente para el que entonces ocupaba la ventanilla, un hombre flaco y misérrimo, con el rostro tostado y lleno de arrugas precoces.

—¿Son tuyos estos papeles? ¿Te llamas Juan Cadaval?

—Llámome Juan Cadaval, sí, señor. Enviéme junto a usted el señor Jacinto, de Mabegondo.

—Tú no vas a poder embarcar. Estos papeles no vienen bien.

Avanzó más la despeinada cabeza del emigrante, con cierta expresión de susto.

—Arreglémelos el secretario; deben estar bien.

—Pues no están en regla.

—¿Dios me valga, señor! ¿Y no podré marcharme?

—Creo que no. Déjalos aquí; ya veremos. Vuelve mañana, al mediodía.

—¿Y no podré marcharme, señor?

—Ya veré; mañana, vuelve.

Pero la cara atónita se obstinaba en la ventanilla; miraba desde allí los documentos, como queriendo interrogarlos.

—Puedes irte.

El, aún rogó:

—¡Por su alma, señor, por el alma de sus difuntos!... ¡Mire que soy un pobre! ¿Podrá arreglármelos bien, señor?

—Veré, veré. Vuelve mañana.

Otros emigrantes lo empujaron. Desapareció. Don Fabián colocó los papeles sobre su mesa. Terminada la labor, se los mostró a Ernesto.

—He aquí lo preciso. Treinta y cinco años...; los documentos están en regla. Ya está hecho todo. ¡Más pronto!... Mañana a las dos, vendrán padre e hijo; el buque entrará a las siete. Aurelio: para el vapor de mañana hay que tomar quince pasajes, entre ellos el de Juan Cadaval; ese lo guardas aparte, hasta que venga Ernesto. Por la mañana hay que estar en la casa consignataria.

—¿Y si viene Cadaval?

—Le dices lo que quieras; que no pudo ser... que pida otros papeles...

—Está bien.

Y salió a ajustar las contraventanas.

\*\*\*

Al día siguiente, Aurelio estaba solo en el despacho cuando entró Cadaval.

—Santos días.

El emigrante se detuvo, irresoluto en la puerta.

—¿Qué quiere?

—¿Está don Fabián?

—No está.

El emigrante repuso, tras una pausa:

—Ayer me mandó venir a esta hora.

—Puede esperarlo.

Cadaval se sentó. Aurelio siguió despachando la correspondencia. Hubo unos minutos de silencio, en los que sólo se oyó el rasguear de la pluma sobre el papel. Al fin, el hombre volvió a hablar:

—Disimule, señor. ¿Sabe si tiene mi billete el amo?

—¿Cómo se llama usted?

—Juan Cadaval.

Aurelio lo miró y recordó entonces la cara



que en la noche anterior, en la ventanilla, había visto crispada por el ansia. Respondió, con cierta indiferencia:

—No; su billete no está tomado. Ya le han dicho que sus documentos no sirven.

—¿Qué les falta?

—No sé; algo importante.

El hombre lo miraba con un gesto de angustia suprema. Vea Aurelio dilatarse las arrugas en el pobre rostro quemado por el sol, y humedecerse los ojos, y temblar los labios secos, agrietados, de piel tan dura como la de la misma faz. Y Aurelio sintió una profunda compasión hacia el desgraciado. Intentó consolarlo:

—No hay motivo para apurarse. Vuelva usted a su pueblo y reclame otra vez los documentos. Se los darán nuevamente; regrese usted aquí y embarca. Todo es cuestión de unos cuantos días más: los que tardan en extenderle las certificaciones.

El miserable movió la cabeza lentamente. Cuando habló, su voz era llena de un supremo desaliento y de una enorme tristeza resignada.

—No podré; ya no podré marchar. No tengo más que el dinero preciso. Si vuelvo a mi pueblo, si espero allí esos días que usted dice, tendré que gastar de lo reservado para el billete. ¿Y cómo embarcar, entonces?... No podré.

—Aurelio insistido, conmovido:

—Todo eso ¿qué será?... ¿cinco duros?

El emigrante explicó, amargamente:

—Soy jornalero; gano dos duros al mes labrando la tierra de mi amo; él me da de comer y vivo en su casa. Ahora me prestó cuarenta pesetas que me faltaban; lo demás lo ahorré yo en muchos meses. Ya no podré marchar, porque nunca reuniría otra vez el dinero.

Hubo un silencio largo. Inquirió el joven, al fin:

—Estaba contratado en unas minas... Ya estuve allí.

Callaron otra vez. El infeliz inclinó la tosca cabeza y dio unas vueltas entre las manos al mugriento sombrero. Aurelio miraba su aspecto desdichado: los fuertes zuecos cubiertos aún del barro de los caminos, sus pantalones de pana acartonados, rígidos en torno a las piernas, la chaqueta remendada, la sucia camisa. Lo miraba lleno de una íntima pena que no acertaba a traducirse en consuelos; un momento pensó que don Fabián cometía una iniquidad monstruosa y que él era su cómplice; pero se replicó a sí mismo: no, él era, simplemente, un empleado que obedecía, y don Fabián un hombre de negocios. Todo aquello debía ser natural.

El emigrante se alzó de su asiento. Saludó con torpeza.

—Vaya... pues... quede con Dios...

Marchó, despacio, con la cabeza inclinada. Aurelio lo vió detenerse en el portal, y mirar a la calle con ojos que acaso enturbiaban las lágrimas. Se puso el sombrero; cogió una colilla de detrás de la oreja, la miró, sacudió la ceniza, la volvió a colocar en la oreja... Aurelio pensó: una vida rota, un miserable sin redención... El nuevo espelonazo de la desgracia ¿qué resignaciones despertaría aún en la pobre alma embotada?... El aldeano se frotó los ojos y echó a andar, lento, abrumado, absorto... Traspuso el umbral...

Pero, repentinamente, Aurelio abrió la ventanilla y se asomó:

—¡Cadaval!—gritaba—¡Cadaval!

El labriego volvió. El joven se encaró con él resueltamente:

—¿Trae usted el dinero del pasaje?

—Sí, señor.

—Démelo.

Contó los billetes. Sacó del cajón el contrato de embarque.

—He ahí sus documentos y el de la casa consignataria. Puede marchar. No vuelva por aquí ni vea a don Fabián. El buque llega a las siete. Alquile un bote y diríjase a bordo en cuanto lo vea aparecer por la boca del puerto. Váyase.

Y se sentó otra vez ante su pupitre y esperó.

Aquella misma tarde Aurelio Romay era expulsado de la agencia.

\*\*\*

En casa de su novia, el joven procuró mantenerse estoico. Algo, sin embargo, le hizo traición; acaso un ensimismamiento repentino, acaso unas arrugas que de improviso nacían en su frente... Guadalupe advirtió en él algo anormal. Muchas veces interrumpía su dulce charla para mirarlo y preguntar:

—¿Qué te ha pasado hoy?

El protestaba. ¿Qué le podía haber pasado?... Nada; bien se advertía; estaba como siempre... Pero, transeurrido un instante, insistía la novia.



—Tú tuviste hoy algún disgusto.

—¿Un disgusto?... ¡Por Dios!... El no podía tener otro disgusto que perder el cariño de Guadalupe. ¿Le quería aún Guadalupe?... Pues ya podía afirmar que estaba contento.

En el fondo, él estaba un poco inquieto por la perspicacia de la joven. Cuando acabó de formular sus protestas, Guadalupe lo miró largamente, con sus ojos llenos de amor. El se fingió distraído en contemplar los flecos de un sofá. Continuaron hablando de las habituales futeleas. El padre, que leía su periódico junto a la mesa, se levantó y se marchó. Entonces Guadalupe cortó la charla y tomó entre sus manos las manos del novio.

—¿Qué tienes, di?... Estas triste.

El se enterneció; tuvo un enorme deseo de estallar en sollozos, pero se contuvo.

—Te digo en verdad que no tengo nada.

Un orgullo infantil cohibía la revelación; temía ser compadecido una vez más.

—No me ocurre nada; me duele un poco la cabeza; trabajé mucho hoy...

Ella le acariciaba las manos:

—¡Pobrecito; pobrecito mío!

Había en el rostro de la novia ese resplandor de bondad, de cariño, algo del tranquilo afecto de madres que tienen todas las mujeres. Pasó su mano por la frente varonil, la pequeña mano morena que el trabajo había endurecido un poco.

—¿Te duele mucho?

Y él cerró los ojos, sintiendo un gran bien, una gran paz difundirse por toda su alma, y todo su cuerpo; las imágenes de tormento se desvanecieron, se confundieron, cesaron. Y así, con los ojos cerrados, la sintió incorporarse y sintió los labios femeninos posarse poco a poco en su frente. Y tan casto fue el beso y tanta suavidad de ternura llevó a él, que Aurelio advirtió la hermandad de aquella caricia con las otras únicas caricias de mujer recibidas. Y en el fondo de su alma, su callada desesperación se arrodilló rezando:

—¡Madre mía; madre mía buena!...

Y la invocación y el afecto templado y devoto de aquel beso primero, hizo renacer en él la fortaleza agonizante; se olvidó de todo y se sintió feliz. Continuó el diálogo entre los novios. Aurelio habló hasta de la época dichosa en que ganase él mucho dinero y se casasen y fuesen en un trasatlántico, esplendoroso, viajando en un camarote de lujo; Guadalupe tendría un velo azul para envolver la cabeza... unos camareros vestidos de frac los reverenciarían. ¡Estaba viendo el gesto que iba a poner Guadalupe cuando le sirviesen mermelada de claudias con el *roast beef*!...

¡No se iba a reír poco!... La novia protestó;

eso era una porquería; ella no mezclaría la mermelada con el asado. Aurelio insistió. ¿Cómo no? ¿Entonces qué quería?... ¿Hacer el ridículo?... ¡Caramba: ella haría lo que hiciese todo el mundo!... Y si no, que avisase a tiempo: no quería él quedar en evidencia. Como se ponía un poco serio, de la misma manera que si ya tuviese hecho el equipaje para ir al fantástico buque, la enamorada terminó por ceder. ¡No había remedio: procuraría tomar el dulce...; allá él!...

Y Aurelio, olvidado de todo, sonrió, satisfecho de su triunfo, seguro de haber dejado bien afirmada y victoriosa la hegemonía del varón.

\*\*\*

Apagó la luz, se embozó en las sábanas y comenzó a meditar.

¿Qué hacer?... No podía ni imaginar siquiera que don Fabián hubiese de volver a admitirlo en la agencia. La escena de aquella tarde había sido brutal y decisiva. ¿Qué hacer?...

Desde el primer momento confesó su impotencia. El no servía para nada. No servía ni aun para desempeñar el puesto que acababa de perder; acumuló cargos contra sí mismo. Realmente tenía bien merecido todo cuanto ocurrió. ¿Podía él haber hecho aquello? ¿Qué potestad era la suya?... Y una vocetita interna le gritaba: "La de un hombre honrado". Y otra voz, la de su humildad, la de la conciencia de su inferioridad en la vida, replicaba: "La de un entrometido; tu deber era, sencillamente la obediencia; él era el amo, él te daba a comer de su pan".

Y Aurelio se debatía acobardado. ¿Qué hacer?

—¿Dónde pedir trabajo? ¿Serviré para algo que no sea la rutinaria obligación de la agencia, en la que ya me había acostumbrado a laborar?

Y se declaraba de antemano vencido. ¿A qué puerta acudir?... Pensó en su casa. Marchar a su aldea aquella misma mañana; contar lo ocurrido; llorar en el regazo de su madre...

Vió la casita aldeana, de paredes descoloradas... Su padre le oiría con hosquedad; acaso le recriminaría:

—¿Qué hago ahora de ti?... Una boca



más... ¿No hay trabajo en la ciudad?... ¿Para qué sirven tus veinte años?

Y la madrecita buena, quieta, callada, como siempre que hablaba su marido con algo de cólera en la voz; la madrecita buena lo miraba apenada, con sus ojos más enrojecidos aún por un llanto silencioso. La vió envuelta en su tosco traje obscuro, cruzado un pañolón sobre el pecho, cruzadas también las largas manos huesosas que encallecieron mil labores; la oyó murmurar con su acento eternamente triste:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!...

No; a su casa no. ¿Para qué?... Su alma azorada, confusa, se sumió más aún en la amargura al hacer esta renunciación suprema. Bruscamente se le ocurrió un desenlace: huir, marchar a América. Se escondería en la bodega de un buque, momentos antes de zarpar; él sabía muy bien cómo se hacían estas cosas.

Y entonces, el cuadro de la emigración, tan conocido, revivió en su mente. Recordó aquellos hombres silenciosos, aquellas mujerucas desconcertadas que despedían un olor a pobreza y a suciedad; vió el hacinamiento en que se reunían sobre cubierta, como manadas de brutos que venteasen un peligro incierto; vió las estrechas literas superpuestas, alineadas en un departamento de techos bajos, y el farolón que alumbraba el sueño o la vigilia de los emigrantes...

Y el mar, el inmenso mar misterioso, al otro lado del cual estaba el país de la aventura, que tantas vidas tragaba, que pedía hambrientamente multitudes y multitudes, como carbón para quemar en las calderas de su vida gigantesca...

Ir allí, luchar allí, consumirse en un mostrador, acarrear bultos, labrar la tierra ignorada, aunque fuese con sus uñas, con sus propias uñas ensangrentadas; arrebatarle primero el pan, luego, acaso la comodidad... Vivir, en fin.

Pero la imagen de Guadalupe pasó, amorosa y triste, por el ensueño angustiado. ¡Guadalupe!... El sentía aún la sensación dulcísima del primer beso de piedad y de amparo, de aliento y de amor. En su vida monótona, de muñeco movido por hilos, Guadalupe era la aspiración máxima y el ansia suprema. Sin arrebatos, sin sacudidas, con un cariño normal, sano, toda su existencia estaba entregada ya a aquella mujercita hacendosa, alegre, ni fea ni guapa, pero dulce, serena, invadida de una placidez confortante, madre más que novia, más que hermana, más que hija. Madre para aquellos pequeñuelos que la suya había dejado al morir, madre para el hombre amable y honrado a quien debía el ser

y cuya viudez endulzaba, madre para él, para el novio tímido y humilde y sencillote, en cuya misma condición sencilla había sabido leer la enamorada.

No podría separarse de Guadalupe; lo advertía con claridad profética. Se sentiría, lejos de ella, desorientado, perdido como un niño entre la multitud.

Y la voccita hostigadora volvió a alzarse dentro de él:

—¿Qué resuelves, en fin?

¿Qué podría resolver?... Se agitó, acongojado, en el lecho... ¡Oh, no sabía, no sabía!... La figura triste y resignada de su madre volvió a surgir, a la evocación de su pena; veía los pequeños ojos melancólicos fijos en él, llenos de compasión y de desesperanza.

Y ocultó la cabeza y sollozó, desalentado, rendido, con una lacerante impresión de soledad, de abandono:

—¡Madre mía! ¡Madre mía buena!...

\*\*\*

Aquel día Aurelio fingió una dolencia como pretexto para no salir. Permaneció en la cama hasta la hora de la comida. Entonces se vistió ligeramente y se sentó a la mesa. Don Armando llegó poco después y saludó con grandes voces. Tarareó una canción frívola mientras no llevaban la sopa y se acompañó golpeando ligeramente con el cuchillo en el borde del plato. Al aparecer Elvira en el comedor, le dijo unos cuantos piropos en un andaluz casi auténtico.

Pero, poco a poco, don Armando fué perdiendo su aparente buen humor. Comió distraídamente; al acabar la sopa, su mirada tenía cierta vaguedad, y no volvió a chiclear a Elvira ni a pronunciar una sola palabra más. Aurelio, en frente, hacía digna pareja del comisionista. Se oían tan sólo en la estancia el ruido de los tenedores al rozar los platos. El comisionista fué mondanando con lentitud la única manzana pequeña y descolorida que constituía el postre, y lió un cigarrillo.

Entonces, recobró su aspecto habitual y llamó a gritos a la posadera:

—¡Eh, doña Sofía!... Haga el favor.

Doña Sofía apareció en la puerta, al aire los brazos humeantes del agua en que estaba fregando, teniendo aún en sus manos un paño de dudosa blancura y un cucharón.



—No grite, no grite; ya estoy aquí.  
—Mi querida doña Sofía, esta noche no me espere para cenar.

—Está bien.

—Y mañana—don Armando hablaba sin mirarla—no me espere tampoco en todo el día.

—¿Va al campo?

—No, mi querida doña Sofía, no; en este momento, su habitual perspicacia no llegará a adivinar lo que voy a hacer ahora mismo.

—¿Y qué va a hacer?

—Le concedo a usted diez minutos para acertarlo.

—Gracias, pero tengo que ocuparme en cosas más útiles. Dígalo, si quiere.

—Pues lo que voy a hacer ahora mismo, mi excelente señora, es marcharme.

—¿De aquí?

—Del pueblo.

Doña Sofía dejó de frotar el cucharón.

—¿Y adónde va?

Don Armando adoptó un gesto dramático y extendió un brazo para declamar:

—“Donde va lo que zozobra  
lo que rueda, lo que sobra”.

Aurelio lo miraba sorprendido, como si se le antojase una cosa absurda que el comisionista llegase a marcharse de allí. Don Armando se puso en pie, sacudió unas migas de pan que habían quedado retenidas en las arrugas de su chaleco y explicó:

—Puede ser que vuelva. Voy a intentar el negocio a otro sitio; aquí no se ganan ya ni cinco céntimos. Es un asco.

La posadera inquirió:

—¿Y cuándo marcha?

—Ahora, en el tren mixto. Voy a coger la maleta y la caja de los libros y andando. Venga usted conmigo, mi adorable patrona.

Salieron del comedor: en el pasillo se pararon. Aurelio oyó un débil susurro de voces. Luego, el tono del diálogo fue alzándose. Al fin, la voz agria de doña Sofía, aseguró:

—Lo siento mucho, don Armando, pero no puede ser.

El comisionista tornó a cuchichear; la posadera afirmó en voz alta, un poco colérica:

—No nos entenderemos. Lo que no sea pagar ahora mismo, no puede ser.

Entonces, don Armando juzgó inútil ya el misterio y habló naturalmente:

—Pues lo que no puede ser es que yo le pague. Necesito dinero para marchar. Además, yo no tengo los cinco duros que le debo. Confíe usted en mí.

—No tengo por qué confiar en nadie.

—Dentro de unos días le giraré las veinticinco pesetas...

Doña Sofía volvió a entrar en el comedor, ceñuda, iracunda. Colocó bruscamente el cucharón sobre la mesa y arrojó el paño con violencia.

—No; no quiero promesas: nos conocemos todos, don Armando. Yo necesito que antes de marchar salde usted su cuenta.

El comisionista en libros, apoyado en la jamba, tenía un gesto cínico:

—Pues no puede ser.

La posadera se encaró con él denodadamente:

—Pues no marchará usted.

Rió brevemente el huesped.

—¿Por qué?

—Porque retendrá su maleta y sus libros.  
—Y yo llamaré a la policía y se los hará entregar; bien lo sabe.

Aurelio presenciaba consternado la escena; hubiese querido estar muy lejos de allí: se advertía tembloroso. Don Armando se acercó a él y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Vaya, querido, hasta que nos veamos; que continúe usted vaciando a España.

Aurelio le apretó la mano, balbuceando un deseo de suerte; el comisionista hizo un guiño para mostrar a la posadera y después contrajo el rostro en una mueca de desdén, como diciendo:

—Pero ¿ha visto usted qué pesada se ha puesto esta señora?

Y salió. Doña Sofía se desplomó en una butaca y rompió a llorar con la cabeza oculta en el mandil. Elvira se asomó a la puerta y fué a situarse junto a su madre, muda y triste.

Se oía el ruido que don Armando producía en su estancia, luego se le sintió arrastrar la pesada caja de libros hasta la puerta. Los sollozos de doña Sofía crecieron. De repente, la mujer se alzó. Con el llanto, sus ojos habían enrojecido más aún y parecía brotar sangre de los párpados. Extendió sus brazos esqueléticos hacia el pasillo. Clamó, con voz chillona, llena de extrañas inflexiones:

—¿Canalla!... ¿Ladron!...

Fué avanzando lentamente hacia la puerta; ¿Ladron, que roba usted el trabajo de unas pobres!... ¿Canalla!... ¿No siente usted vergüenza de abusar así de nosotras, infame?

Gritando, llegó hasta la habitación del huesped, y allí se paró. Don Armando iba y venía conyuyendo de arreglar la maleta. En el umbral, doña Sofía continuó increpándole. Entonces él se puso a silbar.



—¡Ladrón!... ¡Infame!...

Se oía, a veces, tímidamente, conmovida, la voz de la joven que suplicaba:

—¡Calla, mamá!

Y a la madre que respondía a voces:

—¡Cómo callar!... ¿No ves cómo nos atropella?... ¡Ah, si hubiese un hombre; si aquí hubiese un hombre!... Ya no haría lo que hace este miserable.

El miserable cerró al fin su maleta, salió; colocó la caja sobre sus hombros y bajó la escalera como si todo aquel chaparrón de insultos no rezase con él. Aún lo anatematizó desde lo alto doña Sofía; hasta que al fin, derrotada, rendida, se dejó arrastrar al interior de la casa por la joven, que rogaba, llorosa:

—¡Vamos, mamá!... ¡Calla!...

Y dentro, continuó gimiendo la mujer largo rato, acariciada por su hija. Don Manuel, en su rincón predilecto, chupaba su pipa, inmóvil, absorto, con sus ojos adormilados, como si aquellos gritos no hubiesen llegado a él, como si en su torno hubiese unas gruesas paredes aisladoras.

Y Aurelio, casi en puntillas, salió. Estaba acongojado, con ansia de llorar también. Se tendió en el lecho. Sentía dolor en el corazón. Tapó sus oídos para que no los hiriesen los sollozos de la mujer. Quisiera no oír, no ver, no tener sensaciones ni consciencia: ser como aquel anciano que estaba acurrucado en el rincón, semejante a un sapo gigantesco, sumido en un éxtasis de idiotez... ¡Cómo pesa a veces el alma!...

44

Transcurrieron algunos días sin que Aurelio adoptase una resolución. Salía de casa a las horas de costumbre, como si realmente estuviere aún trabajando en la agencia. Ya en la calle, vagaba por lugares escondidos o salía de la ciudad, y, en el campo, se tendía sobre la hierba y pasaba una hora y otra hora mirando al cielo, viendo cruzar los pájaros sobre su cabeza y pensando cosas amargas, lleno de un pesimismo insaudible.

A veces salía decidido a buscar un empleo. Entonces iba leyendo por las calles los rótulos de las tiendas, y se desalentaba pensando que él no entendía de nada de aquello que veía y que no llegaría jamás a hallar una ocupación.

Cierto día resolvió entrar en un comercio. Al concebir la idea le latió el corazón fuertemente. Estuvo un largo rato mirando, sin ver, el escaparate, detenido ante él, hilvanando las frases que había de pronunciar al hacer su súplica. Al fin se decidió y entró. Un dependiente acudió a él. Aurelio preguntó en voz baja.

—¿Está el principal?

Se acercó el propietario, un hombre joven aún, de rostro afeitado, con una cinta métrica sobre los hombros:

—¿Qué desea?

Aurelio se quitó el sombrero humildemente.

—¿Cómo está usted?

—Bien, ¿y usted?... ¿Qué desea?

Entonces el infeliz expuso su ruego. El propietario de la tienda le escuchó afablemente. Luego cruzó sus manos.

—No hay vacante; tengo todas las plazas cubiertas. Crea usted que casi cuento con más dependientes que parroquianos. Si pudiera ser, se lo diría a usted con igual franqueza.

Aurelio sonrió tristemente.

—Bien... Perdóneme usted... Acaso pueda ser otro día... Buenas tardes.

Y salió, saludando a los horteras que lo miraban curiosamente. Había enrojecido; por la calle fué un buen rato hablando en alta voz consigo mismo:

—No encontraré nada... Y ¿por qué habré dicho yo que acaso pudiese ser otro día?... Aquel señor se sonrió un poco... ¡Hermosa estupidez la que se me ha ocurrido!... ¡Otro día!... ¡Qué bruto soy!...

Sin embargo de su azoramiento, visitó algunos otros sitios ofreciendo su trabajo. Y no tuvo éxito. Al fin, un antiguo conocido suyo le dió una esperanza.

—En los primeros días del mes próximo acaso tenga yo trabajo para tí: hay que copiar un reparto de contribución. Te doy la mitad de lo que me han de dar en Hacienda. ¿Conviene?

Aurelio no vaciló:

—Conviene.

Y ya no buscó más. Se dejaba arrinconar por el destino que él adivinaba implacable; no sabía luchar; se hubiese muerto de hambre en un rincón oscuro donde no molestase a nadie su agonía. El máximo de su congoja le acosaba en la casa de huéspedes. Cuando se encontraba en ella, caía en una honda tristeza. El recuerdo de don Armando, la visión de la escena de su marcha, se obstinaba en la memoria del joven.

—Así me ocurrirá a mí también, pensaba.

Veía a la patrona arrebatada de indignación; la oía gritar como en el día memorable.



—¡Ladrón, canalla!... ¡Estuvo usted robando nuestro pan!...

Aurelio sufría enormemente, imaginándose ya en el trance angustioso. Aquellos días, procuraba el pasar inadvertido en la casa. Comía poco, andaba en silencio, sonreía a la posadera, preguntaba a veces dulcemente a la joven:

—¿Qué tal está usted hoy, Elvira?

Alguna vez, cuando doña Soffa lo llamaba, sentía un brusco sobresalto; se arrebolaba su rostro, notaba el fuerte tictaqueo del corazón. Suponía que la agria voz de la patrona iba a añadir:

—Ya sé que está usted desempleado.

Y cuando, después, oía, en lugar de la frase funesta, cualquiera vanalidad sin importancia, se encontraba feliz. Pero cada vez que regresaba a la casa, irremediablemente subía las escaleras pensando:

—Doña Soffa sabe ya todo lo que ha ocurrido.

Y miraba, ávido, el rostro de quien le abría la puerta, para comprobar o desmentir por el gesto la realidad de sus sospechas.

En aquellos días llegó a la posada un nuevo huésped, que ocupó el cuarto del comisionista. Era un empleado de Gobernación, un hombre ya entrado en años, grave, pulcro, flemático. Había sido trasladado allí desde una provincia castellana. Su mujer, enferma no había podido seguirle y allá se quedó con los hijos. El tenía que enviar todos los meses una buena parte de su sueldo. Se quedaba tan solo con lo indispensable para pagar la fonda. Muchas veces, al terminar de comer, sacaba de sus bolsillos un puro, — regalo de algún sujeto que había ido a enterarse de la marcha de un expediente, — lo miraba con pena, lo oía con delectación y luego lo iba picando minuciosamente con el cuchillo del postre para convertirlo en cigarrillos.

El nuevo huésped casi nunca hablaba. En ocasiones, sin embargo, trataba de orientar a Aurelio en cuestiones políticas y se extendía en consideraciones transcendentales sobre la nota de actualidad. Tenía la jactancia de prever las crisis.

—Este ministerio — afirmaba de improviso — no pasará de Marzo.

Y quedaba muy grave, como hombre que ha hablado con la voz de la fatalidad, de lo irremediable.

El joven admiraba también a este hombre profético.

Al fin, Aurelio, tras una ruda brega consigo mismo, resolvió salir de aquellos temores angustiosos, de aquella incertidumbre aborrecible, mucho peor que la misma catástrofe esperada.

Reunió el escaso dinero que aún tenía y llamó a la patrona. El mismo se admiró de encontrar en sí tanta resolución. Cuando entró doña Soffa en su cuarto, entornó la puerta. Después preguntó decididamente:

—¿Cuánto debo yo, doña Soffa?

Doña Soffa lo miró un poco extrañada. Luego comenzó a echar la cuenta, mirando al techo y moviendo los labios silenciosamente:

—Pues son... de lo que va de mes... son lunes, uno; martes, dos... Pues son siete duros justos.

—¿Siete duros?

Aurelio contó sus monedas. Tenía veintiocho pesetas. Las hizo saltar un momento en su mano y se las dio a doña Soffa:

—Tome usted.

La mujer las tomó con un ademán lento, llena de sorpresa:

—Pero ¿se marcha usted?

—No...; no sé...; no depende de mí. Ahí le entrego a usted veintiocho pesetas; le debo siete. No tengo ni un céntimo más.

Hubo un silencio. El joven añadió valerosamente:

—Estoy desempleado, doña Soffa.

El silencio creció. Doña Soffa había hecho un gesto de susto.

—Estoy desempleado desde primero de mes. Pero soy un hombre honrado y no quiero robarles a ustedes. Ahí está todo lo que yo tengo... Me han ofrecido trabajo para dentro de quince o veinte días... Yo no sé...

Doña Soffa, inmóvil, callaba. Aurelio añadió, desalentado, con un hipo de angustia en la voz:

—Usted dirá ahora si yo debo marcharme de esta casa.

La posadera encogió la cabeza entre los hombros, visiblemente confusa. Guardó el dinero, frotó sus manos en el mandil; luego habló, calmosamente, con tono un poco frío.

—¿Y qué quiere usted que le haga, don Aurelio? ¿Qué quiere usted que haga yo?... Por mí ¡Jesús!... oro molido que tuviese; pero no tengo dinero; estamos muy mal, muy mal; créame. La plaza está cada día más cara, los huéspedes no acuden. Ahora con la estafa de que nos hizo víctimas ese canalla de don Armando — que así le estafen a él hasta los ojos — nos vemos en un verdadero conflicto. A usted puedo decírselo en reserva: todo lo que traje este mes del ultramarinos lo he quedado a deber.



Dió un largo suspiro.

—Usted es un buen muchacho ya lo sé. Yo lo tendría en casa un mes más, hasta que se emplease. Pero no puedo. Yo les doy de comer a ustedes con sus propios dineros. Si no me pagan, ¿de dónde los saco yo?... ¿Es natural?...

Aurelio, con el alma rota, asentía:

—Es natural, sí; es natural...

La posadera meditó un instante.

—Lo que yo puedo hacer... ¡vamos!... por tratarse de usted, porque usted no es como aquel golfo, es dejar que usted continúe en la habitación... Por lo menos tendrá cama y techo... Si usted puede buscar por ahí o ingeniárselas de cualquier manera, pues... En fin: yo... como usted quiera. Esto se lo ofrezco con buen deseo... Más, no; más, me sería imposible.

Aurelio agradeció tímidamente:

—Dios se lo pague, doña Sofía, Dios se lo pague...

—Y hoy puede comer aquí: la cena ya está hecha...

Y Aurelio cenó. Después marchó a hacer la diaria visita a Guadalupe, que aún no sabía nada de cuanto a la cesantía se refriese. Más que para persona alguna, guardaba el joven su doloroso secreto para la dulce amada. Esforzabase en tener ante ella un gesto despreocupado y alegre, y no era difícil la fición, porque la charla de la enamorada hacía huir de él el recuerdo de su desventura. Cuando, alguna vez, se abstraía, súbitamente asaltado por la conciencia de la realidad, Guadalupe creía que era su meditación una fase de su habitual carácter apocado y humilde, lleno de cortedad.

A veces, le preguntaba ella, sin sospechar el dolor que renovaba en la herida:

—¿Hay mucho trabajo en la agencia? ¿A qué hora os retirasteis ayer?...

Y él se apresuraba a mentir:

—¡Oh! Temprano... Todos estos días nos retiramos temprano. Hay poca emigración. Ahora va disminuyendo ya: no es la época.

Y hallaba fuerzas para narrar episodios, imaginarios algunos, otros que había él presenciado hacía tiempo. Mentía con tal tono de verdad, que a veces se engañaba él a sí mismo, y, después, cuando recordaba su situación, suspiraba hondamente.

Un día dijo ella:

—Cuando estemos casados...

Y él sintió una profunda angustia. Se reprochó más tarde, paseando por las calles desiertas, el estar engañando a la enamorada; el obstinarse en mantenerla unida al carro de sus desventuras. Más noble sería contar la verdad, toda la verdad, y huir.

Pero, al pensar esto, se imaginaba a Guadalupe unida a otro hombre, hablando a otro hombre con aquella su voz tierna, suave; la veía besando la frente de alguien que no era él, y su decisión de ocultar lo ocurrido se afirmaba.

—Esto—se decía—no puede durar. Yo soy joven, yo soy fuerte; yo tendré al fin pan abundante que ofrecerle a ella.

\*\*\*

Al siguiente día Aurelio no comió. A la hora de cenar marchó a ver a su novia. No sentía apetito. Después de fumar un cigarro que le ofreció el padre de Guadalupe, juraría haber comido en efecto. Se acostó y durmió pesadamente.

Al otro día, cuando los vapores de la cocina se difundieron por toda la casa y llegaron cruelmente a su cuarto, Aurelio sintió hambre y salió. Tenía treinta céntimos. En una tienda de los arrabales compró pan y compró unos trozos de pescado frito. Después, en pleno campo, comió vorazmente hasta la última migaja. Jamás le había sabido tan bien manjar alguno. Al concluir tenía hambre aún. Luego, poco a poco, se le fue acallando.

Por la noche, el hambre volvió a sacudirle. Había ido a casa temprano, impelido por una inconcreta esperanza. Sintió cenar al nuevo huésped; sintió el ajeteo de platos y cubiertos en la cocina. Luego, la casa fue quedando poco a poco en silencio. Oyó aún la voz de doña Sofía que conversaba con su hija; después oyó toser al funcionario de Gobernación. Más tarde, la quietud envolvió toda la casa.

Y Aurelio iba sintiendo brotar en sí una sorda cólera. Ceñó los puños, como amenazando a todos:

—¡Miserables!—pensó.—¡Miserables: vosotros sabéis que yo tengo hambre, y no me auxiliáis!

Se revolvió en el lecho, repitiéndose en voz baja, como un gemido:

—¡Tengo hambre!

Y le asustaron sus propias palabras. Se sentía tan desvalido, tan solo... Hasta entonces había esperado que doña Sofía tuviese para con él una piedad. Había imaginado también que acaso fuese Elvira la que



entrarse en su estancia, con una taza humeante y una rebanada de pan, diciendo con aire de misterio:

—¿Quiere probar este caldo?... Se lo he guardado porque, aunque usted haya cenado, le gustará...

Y él se conmovió—se había conmovido ya imaginándolo—ante aquella caridad delicada; y pensaría que acaso la misma madre hubiese sugerido la idea a la joven, llenas ambas de compasión hacia él... ¡Con qué enternecimiento, con qué gratitud hubiese besado él las manos portadoras de la limosna!...

Había imaginado este episodio con tanta ansia de verdad que ahora le parecía más duro, más cruel, aquel egoísmo ajeno y aquel propio abandono. Le parecía sentir un poco de fiebre, tenía una gran laxitud y una desesperada excitación, alternadamente. Se sentó en el lecho, abismó la cabeza entre las manos y esperó. Dio las doce un reloj de timbre agudo, en algún piso de la casa. Esperó un poco más. Volvió a oírse la misma campanita vibrante repitiendo las horas.

Entonces Aurelio, lentamente, suavemente, apartó las mantas y bajó sigiloso del lecho, cuidando de no hacerlo crujir. Levantó el pestillo, abrió la puerta un poco; avanzó la cabeza: escuchó conteniendo el aliento...

La casa entera dormía; por el pasillo llegaba el leve ruido isócrono del péndulo del reloj del comedor. Se oía la respiración asmática, difícil, del nuevo huésped. Aurelio abrió más la puerta; salió. Fue andando cautelosamente por el pasillo, apoyando las manos en la pared para guiarse entre las sombras, asentando cuidadosamente un pie antes de alzar el otro, palpitante el corazón, tembloroso todo él como si fuese a cometer un crimen.

Cerca de la alcoba del empleado, oyó más fuertemente el silbido angustioso de su respiración. Más allá, junto al cuarto de Elvira, sintió quejarse a la joven, revolviéndose en el lecho como si padeciese pesadillas. Entonces esperó, anhelante, estremecido. La joven calló. El continuó andando lentamente. ¡Le parecía que el pasillo no se acababa jamás!...

¡El comedor, al fin!... Por las ventanas entraba una difusa claridad de la calle. Bailaba el reflejo de los faroles lejanos en las contraventanas medio entornadas; los ojos del gato brillaban como dos moneditas de oro en el viejo sillón donde acostumbraba inmovilizarse don Manuel, el anciano idiota. En el aparador, el vientre de una jarra de vidrio tenía una yaga chispa de luz.

Aurelio se acercó a la alacena. Intentó

abrir las hojas de su puerta. Las hojas estaban reciamente ajustadas. Pugnó un poco. Al fin, bruscamente, se abrió una de ellas, produciendo un chirrido. Aurelio creyó que el rumor había sido oído como un cañonazo en toda la casa. Tuvo tentaciones de huir. Esperó temblando. Pero la casa siguió en paz. Entonces él escudriñó con sus manos ávidas en la alacena. Encontró un queso grande. Se acordó de que el nuevo huésped había reclamado queso, en vez de fruta, que no toleraban sus intestinos. Al final de las comidas, la posadera le servía transparente hojita del postre solicitado.

Aurelio cogió un cuchillo y cortó un trozo. Buscó pan en el aparador. Varios bocados dieron cuenta de todo. Entonces meditó un momento.

—Un pedazo más... Acaso no lo adviertan.

Y cortó otro trozo y se adueñó de una nueva hogaza. Le asaltó cierta inquietud. Tornó a cerrar las puertas de vidrio de la alacena y tornó a recorrer el pasillo, temeroso, apretando contra su pecho los alimentos hurtados.

Al llegar a su estancia sintió frío; temblaba. Se metió en el lecho y se arropó. Después, cuando cesó el castañeteo de sus dientes, atacó los humildes manjares; sacudió de sobre las sábanas las migajas dispersas, para borrar las huellas del banquete, y se durmió, sin remordimientos.

\*\*\*

Nunca pudo enterarse el desdichado, si aquella aventura suya, de la que el hambre había sido consejera, fué o no fué sospechada en la casa. Lo que ocurrió al siguiente día no arrojó una muy clara luz sobre el asunto. Doña Sofía entró en su habitación con el semblante severo y preguntó:

—¿Ha buscado usted casa, don Aurelio? El joven la miró sorprendido. Acudió a su memoria el recuerdo del queso devorado, y se sonrió:

—¿Cómo quiere usted que yo busque casa? Doña Sofía movió la cabeza.

—El caso es... que yo necesito esta habitación.

Aurelio ni aun intentó protestar, temeroso de que una sola súplica suya hiciese nacer una alusión al hurto. Inquirió débilmente:

—¿Cuándo debo marchar?

—¡Si pudiese ser hoy!



Quedó él un momento pensativo, sentado en la cama, con las manos cruzadas sobre las rodillas. Al fin prometió:

—Hoy será; me iré cuando termine de vestirme.

—Muy bien.

Aún advirtió doña Sofía:

—Deje cerrado el baúl. Lo que no haya de llevarse ahora, guárdelo en él. No quiero compromisos.

Salió Aurelio se fué vistiéndose lentamente, entristecido, aniquilado. Luego, fué guardando en el viejo baúl, recubierto de piel de caballo, las pequeñas cosas dispersas sobre su mesa, en los colgadores, en tal cual rincón. Desclavó un retrato de su familia; la pared mostró en aquel sitio un cuadrado más blanco que el resto de su superficie. Aurelio miró algún tiempo la fotografía: la madre, sentada, teniendo sobre sus rodillas al hijo menor, había legado al papel, un poco borroso ya, del retrato, su gesto de tímida tristeza; las mangas de la chaqueta eran un poco cortas y se veía un trozo de los brazos esqueléticos; sobre la cabeza, el pelo formaba un moño y toda la figurita menuda parecía estar aplastada por el peso de aquella negra escencia. Los hijos se alineaban a derecha e izquierda de la mujer. En la cara de Joaquín, uno de los pequeños, se advertía que había llorado mucho antes de decidirse a dejarse enfocar. Aún ahora se advertía en su gesto que estaba invadido de un sincero temor ante aquel hombre que se había cubierto con un paño negro—como cuando en su casa querían asustarlo con el coco—y lo miraba al través de la lente del objetivo, que a él se le antojaba el ojo brillante de un monstruo. El padre, detrás, puesto de pie, apoyado en la silla de su mujer, quería tener cierto aire arrogante. Se veían claramente las hondas arrugas que iban de su nariz a la comisura de sus labios, y el bigote caído y la barba cortada en perilla, al uso de sus tiempos de joven, cuando comenzó a estudiar en Compostela la profesión de abogado. Pero en los ojos que miraban de frente, había cierto cansancio... ¡Pobres padres, pobres padres esclavos!...

Besó el retrato y lo guardó. Luego, a su lado, colocó, cuidadoso, el que tenía de Guadalupe. Buscó sitio para otras minucias en los rincones del baúl...

La puerta había quedado de par en par. En el pasillo sintióse un rastrear de pies, y don Manuel apareció y se detuvo en el umbral, observando al joven. Mantenía abiertos sus párpados con un visible esfuerzo, y se veían sus ojos brillar como una línea de cristal, no más que como una línea, entre la

carnosidad de las bolsas a costa de tal trabajo separadas. El labio inferior, grueso, carnoso, de un tono amoratado, pendía como una piltrafa. Las manos anchas, blandas, deformes, caían también. Miraba silenciosamente; parecía que el enorme sapo espiaba a un mosquito al borde de una charca cenagosa.

Aurelio sintió ante él como un estremecimiento supersticioso, de agüero fatal. Un segundo, lo miró fijamente; el anciano cerró los ojos, los volvió a abrir y no se movió. ¿Qué ideas cruzarían por aquel cerebro empobrecido? ¿Qué pensaría de él aquel hombre cuyo espíritu parecía estar siempre lejano?...

Cerró el baúl. Hubiera querido mirar más tiempo aquellos retratos, abarcar en una última ojeada el conjunto de la estancia: las paredes donde había un colgador y una litografía representando un Niño Dios, que llevaba en sus brazos un corderito; y bajo la litografía una rama de laurel bendito, de hojas secas, resquebrajadas; y la cama de hierro, pintada con espirales doradas y unas cándidas florecillas rojas; y la mesa cubierta con un trozo de hule deshilachado aquí y allá, y las sillas de paja, y el baúl de piel de caballo... Allí habían transcurrido dos años de su vida. Hubiera querido mirar intensamente aquellos muros y aquellos objetos familiares, y despedirse de ellos y llevar para siempre su recuerdo. Hubiera querido también asomarse por última vez a aquella ventana donde un día rompió un cristal que no fué sustituido nunca: aquella ventana por la que vio a Guadalupe otro día y desde la que siempre salían algunas tímidas palabras de cariño para ir hasta el frontero balcón de madera donde había constantemente una cuerda de esparto con ropa puesta a secar. Por aquella ventana entraban también las palabras de Lupe, como una bandada de pájaros alegres que fuesen a posarse en un hombre amigo...

Pero el viejo idiota lo miraba desde el pasillo... No se atrevió. Guardó la llave de su baúl. Salió. Balbució una gratitud para doña Sofía. Luego dio unos pellizcos a su sombrero. Después inquirió, un poco trémulo:

—¿Puedo despedirme de Elvira?

Elvira estaba en cama, enferma. Entonces Aurelio suplicó:

—Dígale usted que deseo su alivio.

Y bajó torpemente las escaleras, con los ojos llenos de lágrimas, con un ansia contenida de romper en sollozos...



Aquel día, sí; aquel día sintió Aurelio la huida total de la esperanza y del valor. No pensó ni sufrió ni acució su inteligencia con demanda de soluciones para el problema: se dejó ir fatalmente, como se deja ir una hoja seca sobre la corriente de un río. La conciencia de su situación se abismó en brumas. Su espíritu, tras aquel último fracaso, sentía una inmensa fatiga, pereza de padecer y de pensar. Y cerró los ojos para no verse a sí mismo. La corriente de la vida lo dejaría en un remanso o tal vez lo arrastrase hasta el mar, que, en los versos del elegíaco poeta, es el morir. ¡Bah!... El espíritu se obstinaba en no meditar más. Ocurriese lo que ocurriese, que lo dejasen a él allí, encerrado en aquel pobre cuerpo, descansar un poco. Que lo fatal tomase las riendas de la decisión. El, sosegarla, en tanto.

Y así anduvo Aurelio por las calles de la ciudad una hora, otra hora, el día entero. Le hubiera sido difícil explicar por qué sitios pasó y qué pensamientos tuvo en la jornada. A veces se sorprendía pensando cosas de una gran trivialidad. Descubrió que los árboles estaban comenzando a cubrirse de brotes; se detuvo mucho tiempo a mirar cómo un pintor hacía hinchar en ampollas la pintura de una puerta, proyectando en ella un chorro azulado de fuego, y cómo iba raspándola después con un útil de hoja brillante; recorrió muchas calles entretenido, obsesionado, más bien, con no pisar las juntas de las baldosas; después fué, durante una hora, empujando una piedra pequeña con sus pies...

La noche le sorprendió en la alameda; hacía frío. Entonces volvió hacia el corazón de la ciudad y se dejó llevar y traer entre la gente. Alguna vez se detenía un largo rato ante un escaparate y miraba distraídamente, sin ver.

Y pasó tiempo. Los comercios se fueron cerrando; la multitud disminuyó en las calles. El silencio crecía. Algún matrimonio silencioso, transcurría en un paseo redentor del diurno ajeteo. Las farmacias conservaban aún sus escaparates llenos de luz. Aurelio se paraba a mirar los grandes botellones llenos de agua verde y roja y color caramelo; miraba también los extraños instrumentos de níquel, las cajas de específicos, que parecían contener golosinas... Los serenos pasaban con sus recios capotes, lentamente, con un hastío anticipado de la larga vigilia... Aurelio entreveía todo borrosamente.

Una mano se posó en su hombro. Como si despertase, el joven miró, sorprendido. Detrás de él, Ernesto sonreía con su sonrisa llena de fatuidad maliciosa. Sin saber por

qué, Aurelio sintió colorearse su rostro. Su antiguo compañero le asió del brazo:

—¿Adónde se va?

—Por ahí..., paseando... ¿Y usted?

—Vengo del barco. Hoy tuvimos barco. Y traigo el frío metido en los huesos. ¡Vaya un frío que hace hoy por el mar adelante!

Aurelio balbució:

—Sí...; debe de hacer frío.

Su amigo restregó las manos fuertemente. Luego le dio unos golpecitos en la espalda; después inquirió:

—¡Bueno!... ¿y cómo va esa vida? ¿qué es de usted?... Desde que salió de allá, no he vuelto a verle. Cuénteme...

Aurelio respondió:

—Pues mi vida... ya ve...; pues... por ahí.

Pero Ernesto le interrumpió. Pasaban ante un café; lo hizo entrar.

—Venga; voy a cenar. Desde las dos no ha entrado nada en mi cuerpo, y van a dar las doce.

Entraron. En un rincón, sobre el diván cómodo, de muelles blandos, se acomodaron los amigos. Ernesto indagó:

—¿Quiere usted acompañarme?

Y Aurelio afirmó sin vacilaciones:

—Gracias. Ya cené.

—Café, tomará. ¿Ya tomó café?

No; no había tomado café. El mozo puso ante él una pequeña taza, rebosando el agradable líquido. Lo sorbió despacio, porque quemaba, pero una avidez imperiosa, surgida en aquellos instantes le impedía esperar a que perdiese calor.

Ernesto había hecho su menú, y aguardaba. Cuando estuvo sobre el mantel que cubría el mármol de la mesa, la fuente contenedora de una tortilla, Aurelio se sintió envuelto en el aroma del manjar y advirtió un hambre aguda. Ernesto, comía y hablaba, a un tiempo:

—Pues, sí; aquello va marchando tal cual. Ahora con la nueva ley nos van a dar un golpe tremendo. No; usted no perdió ningún porvenir; cada vez se ponen peor las cosas.

Cortaba las frases para engullir un bocado. Aurelio notaba crecer su hambre gigantesco. Como jugando, cogió uno de los terrones de azúcar sobrantes, y lo comió. Luego, con el mismo ademán, mordió ansiosamente el otro. Ernesto explicaba:

—Don Fabián tiene momentos de un humor insoportable. Yo creo que si no fuese porque comprende que sin mí no podría valerse...

Se interrumpió para comer y completó la frase con un movimiento de cabeza. El joven le oía maquinalmente, fingiendo asentir, sonriendo cuando el otro sonreía. Pero ante los



pellizcos del hambre, estaba abstraído en un monólogo interno, reprochador.

—¿Por qué dije que había cenado ya? ¿No podría ahora compartir su comida?...

Y le torturaba su propia torpeza, su apocamiento, ya incorregible. Ernesto se echó a reír de repente, después de agotar el vino que brillaba en la copa como un oscuro rubí:

—¡No; lo que es la jugadita que usted le hizo al patrón, fué de primera!... Dos mil pesetas perdió don Fabián por su quijotada. Por supuesto, que aquello le valió algo a usted; ¡la verdad!

—La verdad: perder el destino.

—¿Ni una peseta?

—Ni una peseta.

Ernesto hizo un mohín de incredulidad. Su amigo calló. En aquel momento no le importaba que le creyesen quijote o ladrón. Sentía el tormento de Tántalo ante el espectáculo que le ofrecía su antiguo compañero. Veía cómo bajaba y subía su nuez prominente, al paso de los alimentos; miraba cómo se marcaban en relieve los músculos de sus carrillos, al masticar. Sin querer, él movía también, suavemente, los maxilares, como si comiese a la par que el otro. Cuando vió a Ernesto enjugarse el bigote, junto a los labios, con un trozo de pan, que comió después, le pareció aquel sucio detalle de un perfecto sibaritismo gastronómico. Ernesto comía con un apetito cruel. Al servirse más de un plato, comentó:

—Están muy bien estos riñones.

Y Aurelio, palpitante, aventuró:

—He oído decir que este café tiene fama de condimentarlos muy bien.

—Sí; están inmejorables.

Siguió comiendo. Bruscamente, ofreció.

—¿Quiere probarlo?

Aurelio pensó decir que sí; pero una absurda timidez lo contruvo. Calló, hizo un gesto ambiguo. Sentía el corazón golpeando fuertemente en el pecho. Pero su amigo insistió:

—Pruebe; no se arrepentirá.

Le acercó la fuente. Aún objetó el hambriento:

—Después del café... no sé si... Como ya he cenado...

Ernesto protestó. No importaba. Hay que ser fuerte; hay que tener estómago. Entonces comenzó a contar cómo un día sufrió una indigestión de dulces y al siguiente la curó comiendo carne de cerdo hasta no poder más. Sentó un apotegma mientras llenaba una copa de vino para Aurelio.

—Al cuerpo hay que tratarlo así para tener salud. En cuanto usted lo vicia con contemplaciones y medicinas, está perdido. Beba, Aurelio, perdida la cautela, devoró. Tra-

segó el vino; celebró el manjar y celebró la teoría del compañero. Se atrevió a confesar:

—Pues tiene usted razón; ahora se me ha abierto el apetito.

Y Ernesto corroboró, satisfecho:

—¿Lo ve usted?... ¡Vaya!... Tomaremos ahora un bisté. Declaro que traía un hambre horrible.

Y, jovialmente, ya continuó la cena. Ernesto bebía abundantemente. Al final estaba un poco borracho. Habló de don Fabián; contó de sus afropellos, de sus tacañerías, de sus trampas. A veces gritaba:

—Lo he de ver en presidio. Y usted también lo verá en presidio.

Algunos parroquianos que aún quedaban en el café, los miraban. Cerca de las dos se marcharon. Antes de separarse, a la puerta de su casa, Ernesto abrazó al joven y le confió que siempre había tenido debilidad por él, que lo quería como si fuese su padre. Aurelio y él eran dos hombres honrados, y esto valía más que nada. Al fin, hizo una afirmación concluyente, en voz muy baja, como el que confía un secreto.

—Y el día que usted y yo queramos—dijo—no nos gana ninguno de esos ladrones a saber robar. ¡Por que hay que tener talento para eso, amigo mío, y ellos son unos asnos!

Lo abrazó, le echó una tufarada de vino. Abrió torpemente la puerta, y se metió en casa.

Aurelio aún le oyó frotar insistentemente una cerilla contra la pared del portal.

Las calles estaban silenciosas, desiertas. Aurelio vaciló un poco antes de decidirse a andar. Resolvió que no podía tener una fundamentada preferencia por ninguna orientación, y se puso a caminar al albur, lentamente, cruzadas las manos a la espalda.

Al salir del café, la cordialidad de Ernesto le había inspirado una idea. Le confesaría su situación angustiosa, precaria, y le pediría socorro. Ernesto podría, por lo menos, resolverle el urgente problema de aquella noche. Había cenado ya, pero no po-



da dormir. Seguramente, cuando su antiguo compañero se enterase, le prestaría dinero. Al pagar, le había visto dar un billete de diez duros. Con una sola peseta, Aurelio podría tener una cama donde pasar la noche.

Y mientras su amigo peroraba a grandes voces contra don Fabián, Aurelio, con el mirar distraído, absorto, asentía maquinalmente, y daba vueltas a la idea en su interior.

Pero decidió modificarla. No había ambiente para una confesión de intimidades ni para una compasión subsiguiente. ¿Cómo buscar la transición de aquellos alaridos de Ernesto, que llenaban la calle, al tono confidencial, amargo, que requerían sus desventuras?...

No; no era posible. Dió otro giro a la idea. El debía decir, bruscamente, como sin dar importancia a la frase, sin explicaciones ni comentarios:

—Hombre, Ernesto,—perdóneme—; Tiene usted ahí cinco pesetas?

Esto era lo mejor. Pero Ernesto seguía hablando. Interín, el joven pensó que cinco pesetas era una cantidad extraordinaria. Quizás el amigo se resistiese, acaso hiciese un mohín... En verdad, con dos pesetas podría arreglarse. Buscaría una habitación de dos reales en alguna posada; y quedaban seis reales aún para no morir de hambre al día siguiente. Pediría dos pesetas.

Se fué concediendo plazos.

—Al llegar a aquel farol—se decía—las pido.

Pero junto al farol era cuando la perorata de Ernesto estaba en un punto de exaltación inconveniente. Aurelio iba contestándole distraído.

—¡Sí, sí; muy bien!...

Y se prometía:

—Ahora al terminar la manzana.

Pero cuando trasponían las casas de la manzana, no se atrevía a hablar. En algún raro silencio del amigo, se preparaba él a hacer la petición; carraspeaba, y, cuando extendía la mano para comenzar a hacer la súplica, reanudaba el otro su discurso.

—Bien—se dijo definitivamente—; será al despedirnos.

Y aún corrigió, advirtiéndose escasamente animado:

—Pediré una peseta.

Y no pidió nada. Cuando se cerró tras Ernesto la puerta, suspiró, meditó un momento inmóvil y se marchó despacio, por la calle adelante.

Había un gran silencio; corría una brisa fría que traía aromas de mar. Los faroles, aquí y allá, a grandes trechos, eran manchas amarillentas. Temblaban sus vidrios en

los encajes y temblaban también las lenguas de luz que brotaban de los mecheros.

El joven pensó:

—Parece que tienen frío también.

Y se rió interiormente de su estupidez. Muchas veces se sorprendía a sí propio haciendo una reflexión infantil, y se increpaba. Continuó andando, andando. En el umbral de una puerta dormía un sereno, oculta la cabeza bajo el capotón. Un perro pasó silenciosamente; se detuvo, volvió; miró a Aurelio con sus ojos brillantes y tristes. Luego siguió andando tras él. Pero el joven advirtió súbitamente un impreciso terror supersticioso, en el solemne silencio de la noche, ante aquel animal silencioso que caminaba a su lado sumisamente. Se paró. El hombre y el perro se miraron. La mirada del can era humana; a Aurelio le pareció que le miraba una persona, suplicantemente, tristemente. Se acordó con una extraña lucidez de los cuentos oídos en la aldea, en los que había almas en pena condenadas a cumplir su expiación en este mundo bajo la forma de una tímida oveja, de un caballo, de un perro, también. El terror le oprimió el corazón. Hizo un brusco ademán con los brazos para espantar al perro; el perro agitó la cabeza y no se movió. Entonces Aurelio se inclinó, sin dejar de mirarlo; cogió una piedra, se la arrojó, un poco tembloroso...

Y el perro huyó, apresurado. Lejos, se volvió a mirarlo otra vez con sus ojos lucientes; luego siguió, se perdió en las sombras.

Pero Aurelio, excitado su espíritu, despiertas las reminiscencia de las fábulas campesinas que habían acunado su niñez, que habían sido las primeras voces dadas a su fantasía, advertíase dominado por una sutil inquietud; así como un cosquilleo de angustia. La solemnidad de la noche le amedrentaba.

—Parece—pensaba—como si dentro de estas casas estuviesen muertas las gentes, como si yo fuese solo en la ciudad.

Y le acosaba un vértigo de misterio. Las mismas casas tenían un aspecto insólito... ¿lo diría?... ¡humano!... Las puertas eran grandes bocas negras; las ventanas, los ojos. La luz de los faroles ponía en sus vidrios reflejos de vida. Brillaban como brillaban los ojos del perro...

Cuando resonaron en la calle los pasos de un transeunte, Aurelio tuvo una súbita alegría; se sintió más fuerte y mejor. Torció su rumbo y siguió andando detrás del providencial desconocido.

Y así recorrió una calle y otra. En alguna esquina, el trasnochador perseguido, advirtiéndolo, volvía la cabeza para mirar atrás.



Al fin, junto a una puerta se paró. Aurelio pasó ante él. El hombre lo miró fijamente, receloso. Aurelio dijo al pasar:

—Buenas noches.

Le contestó un gruñido. Siguió, fingiendo una gran naturalidad. Un poco lejos oyó el ruido de una puerta al abrirse y al cerrarse después, y volvió a quedar solo.

Cerca, estaba el puerto; caminó hasta el muelle y se apoyó en el pretil. Allí había el rumor del mar, siempre despierto. La brisa, más fuerte, zumbaba en los oídos; unas pequeñas olas chapoteaban en los muros y en las escalerillas de los muelles; una barca cercana se movía, y, al cabecear, el grueso mástil rechinaba ligeramente. Podían escucharse las pisadas del carabinero que hacía su guardia en el andén embaldosado, y, alguna vez, su tos seca sonora.

Y Aurelio estuvo allí mucho tiempo. Había luna, una clara luna, que esparcía una luz de piedad. Los cristales de las galerías desplegadas en anfiteatro, brillaban con el mismo azulado resplandor, y brillaban también como laminillas y como regueros de plata los rizos levantados por el viento en el agua.

Velase allá, lejos, el negro bulto flotante de un enorme vapor, y, en él, como una faja de luz amarilla, las ventanas de sus camarotes. En una dársena, los vaporcitos pesqueros aguardaban el momento de salir a alta mar: se veía el vaivén de sus linternas rojas, de sus linternas verdes, de sus linternas blancas, como si cabeceasen de sueño. En un muelle distante, había, alta, otra luz, de más vivos destellos que tenían el color de la esmeralda; y era como una mirada vigilante que otase la planicie y velase cariñosamente por todos.

Pero en el resplandor dulce y azulado de la luna, estas lucecitas eran como luciérnagas imperceptibles. La luna blanca lo anegaba todo en aquella mansa y buena lluvia de luz. Aurelio se acordó de las palabras de la adorada:

—Es como la piedad que un triste pudiese sentir por todas las tristezas ajenas.

Sí; era como piedad, como una piedad honda y grande que lo envolviese todo, como una gigantesca compasión silenciosa para las angustias humanas que se arrastran al ras de la tierra: como una caricia de madre, consoladora. ¡Luna blanca; dulce luz de Luna, que siembras piedad!... Tan sólo tú tienes el tono que puede alumbrar las escondidas tragedias humanas, las tragedias del dolor silencioso, el gran dolor de las pequeñas tragedias. El alma tiene unos ojos que no ven más que cuando ilumina tu luz, y esos ojos tienen las

lágrimas más tiernas, y, cuando lloran, lloran mansamente, calladamente, sin sollozar, y el alma se va bañando en ese llanto como en un bautismo redentor de impurezas.

\*\*\*

Cuando surgió el primer albor del día, Aurelio reanudó sus paseos. Acudían ya al muelle los marineros, arrastrando sus madrefías estrepitosamente sobre el suelo empedrado. Desde el muelle daban grandes voces para avisar a los compañeros que habían pernecado en las gabarras sobre cuyas bordas aparecían los fardos de mercancías alijadas por los buques costeros.

El joven estaba entumecido. No sentía sueño, pero advertía cansancio, un gran cansancio que apenas le dejaba moverse. Se sentó en un banco, en un próximo jardinillo; tuvo un estremecimiento de destemplanza. Subió entonces el cuello de su gabán, refugió las manos en los bolsillos. El día nació hosco, gris. Unas nubes llegadas del Norte cubrieron el cielo lentamente, antes que el Sol surgiese. Pero, aun así, la luz de la mañana le causaba en los párpados una sensación de dolor, como si los picasen suavemente cien alfileres sutilísimos.

Cerró los ojos. Se iba sintiendo dominar por el sueño; batalló un poco, pero advertía deleitosamente que se iba a dormir... Entonces comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia. En los árboles del jardín se alzó un rumor sordo y creciente. El aguacero arreció. Y el infeliz abandonó su banco, parpadeante, torpe, y buscó refugio bajo el dintel de una puerta. Comenzaban a pasar vendedoras llevando en la cabeza cestas con pirámides de hortalizas o jarros contenedores de leche. Se abrieron aquí y allá algunas puertas. Desde una galería sacudieron una pequeña alfombra. Cuando disminuyó la lluvia, Aurelio abandonó su cobijo y volvió otra vez a recorrer la ciudad, destemplado, soñoliento, triste.

\*\*\*

Al atardecer entró en casa de su novia. Entró lentamente, con cierta torpeza, como si fuesen a conocer su tribulación en su cara ancha y pálida. Desde el día anterior esta preocupación le dominaba. Se había paseado



por los sitios más solitarios, había esquivado encuentros y fingido distracciones para no saludar. Parecía que las gentes pasaban a su lado pensando:

—¡Este pobre Aurelio!...

Y ahora, en casa de Guadalupe, sentía agitada esta impresión. Pero Guadalupe lo había recibido sonriente y alegre, un poco coloreada por el ajeteo, con los ojos lucientes que reían también.

—Tienes que esperar: tienes que esperarme un poquito. Hoy es mal día para nosotros. Te sientas ahí y te estás quietecito. ¿Conformes?

Y volvió a su trajín, más alegre aún, enfrascada en su labor de mujer hacendosa, heredera de los deberes de una madre muerta en la juventud. Los hermanos pequeños correteaban por la casa. De la cocina llegaba el ruido del laboreo, y a veces, la voz de Guadalupe reprendiendo a algún golosuelo impaciente:

—¡Fuera de aquí!... Ya lo comeréis en la mesa.

Aurelio oía todo esto confusamente; tenía sueño y hambre a la vez. En un espejo vio sus cabellos y sus ojos mortecinos y las abultadas ojeras que parecían formar un pliegue bajo ellos. Cerró los párpados. Sintió entonces una impresión de bienestar, así como un suave hormigueo por todos sus músculos, fatigados por la prolongada vigilia. La vieja butaca le prestaba un calorcillo agradable. Temió dormir. Levantóse y dió pequeños paseos por el comedor.

Guadalupe volvió, al fin. Extendió el mantel blanco sobre la mesa, colocó unas flores, diseminó unos cubiertos... Iba y venía, mirándolo a veces, sin dejar de sonreír, pulcra, espigadita, sencillamente contenta, con el contentamiento irreflexivo de los veinte años, que casi siempre son felicidad. Aurelio la seguía con la mirada, que también quería sonreír. Terminado el quehacer, Guadalupe se acercó al abatido.

—Tienes cara de incomodado.

—Pues no lo estoy.

Y ella, mimosa:

—¡Mi pobre adoradito que apenas pude atenderle esta noche!... Cuando estemos juntos todo mi tiempo será para ti.

Se conmovió él: "¡Cuando estemos juntos!..." Baluceó apenas:

—¡Oh, cuándo será eso, Guadalupe!

—Pronto, en seguida; ya verás. Dicen que todo el mundo tiene en la vida una ocasión de ser feliz. Yo rezo siempre porque la nuestra esté ya cercana. Esto no puede durar; es preciso tener un poco de optimismo. Yo tengo fe en que no ha de durar...

Y añadió, afanosa, por vencer con imágenes gratas la congoja del amado:

—Para el invierno próximo estaremos casados ya. Te aumentarán el sueldo; serás acaso el dueño de una agencia; te habrá tocado la Lotería... No sé; pero estaremos casados.

Rió.

—Y después... y después iremos a hacer nuestro viaje, nuestro gran viaje en un camarote pintado de blanco con unos camareros de frac. Y comeremos mermeladas con el asado.

Se interrumpió.

—¿No sabes?... Tendremos que traer un loro de América, para mi hermano Juan. Se ha empeñado en que hemos de traerle un loro. El otro día no consintió en acostarse hasta que se lo prometí seriamente. ¡Ya ves!... Es una contrariedad. Venir con un loro en un camarote de primera, como cualquier indiano enriquecido!...

El suspiró, queriendo reír. Se miraron largamente, en silencio, con sabe Dios qué amargor de angustia en lo íntimo. Se oyó entonces repicar el aldabón en la puerta. La turba infantil corrió, alborozada. El padre entró, entorpecido, por ella, levantando en su mano un paquetito, perseguido a brinco por los pequeñuelos:

—¡Quietos, quietos todos!...

Aurelio saludó. El padre le tendió su mano fría, con el frío de la calle en aquella noche que semejaba invernal. Se despojó del abrigo. Guadalupe corrió a la cocina. Los dos hombres charlaron un rato banalmente. Luego, tras un instante de silencio, preguntó el padre:

—¿Y qué?... ¿Cómo marcha esa agencia?

Aurelio enrojeció. ¿Sabría algo?... Por un momento baluceó, sin decidirse a hablar. Al fin dijo, receloso:

—No sé... Ni muy bien ni muy mal... Los tiempos no son para hacer grandes negocios. El padre asintió:

—Sí; es verdad; no están bien los tiempos.

Hubo otra pausa. Agregó:

—Y usted ¿ve porvenir en ese cargo?

Aurelio hizo un mohín:

—Porvenir... ¡pche!... ¿Qué porvenir quiere usted que haya?... Un medio de vivir... sí, pero nada más. Dicen que ahora va a ser imposible el negocio, con la nueva ley.

El padre comentó, pensativo:

—Puede ser, puede ser.

—Pero ¿qué va a hacer uno? ¿adónde ir?... Todas las puertas están cerradas, todos los puestos de trabajo, ocupados...

La voz de Aurelio reveló su angustia. Hablaba, con los codos apoyados en las rodillas,



cruzadas las manos, mirando al suelo con una abatida expresión. El padre lo miró un instante. Después apoyó, algo abstraído también:

—Es verdad, es verdad. La vida está mal. Cuando uno encuentra un trozo de pan, ha de dar muchas gracias al cielo.

Dobló maquinalmente el periódico que había sacado de un bolsillo. Evocó con cierta tristeza:

—Hoy marchó un comprobador de contadores empleado en la misma fábrica donde yo estoy. Va a América. Ganaba veinticinco duros; tiene seis hijos.

Aurelio, anegado en su congoja, inmovilizado en su actitud, no le oía. El padre murmuró, como hablando consigo mismo:

—No sé cómo viven, Señor; no sé cómo viven.

Los arrapiezos entraron en el comedor y se acomodaron tumultuosamente en torno a la mesa. El más pequeño trepó laboriosamente hasta su alta silla. Y toda la estancia se llenó de bullicio. Las infantiles voces agudas hablaban a la vez. El menor, ya acomodado, comenzó a golpear en su plato con la cuchara; la iniciativa tuvo éxito, y los demás le imitaron. Entonces, el padre siseó:

—¡Estaréis quietos?... Os dejaré sin un postre que he traído.

Y el clamoreo cesó unos segundos.

Guadalupe entró con alguna vianda. Se difundió por el cuarto un grato olor. Aurelio miró la mesa limpia, ordenada, patriarcal, con el sillón del padre, vacío aún, a la cabecera, con el penacho de humo de la fuente irisándose ante la luz... Sintió, acrecentada e imperiosa, la sensación de hambre, de un hambre aguda, dolorosa, apremiante.

El padre se levantó, arrojó su periódico sobre el diván y fué a ocupar su sillón de jefe. Los pequeñuelos iban entregando sus platos. Guadalupe, de pie, distribuía las raciones, sonriente, pulcra, bondadosa. Aurelio pensaba en el encanto venturoso y tranquilo de una vida igual. ¡Oh, era más alegre esta casa que la suya propia! Recordó: el padre fatigado, ceñudo; la madre tímida, suspirante, un poco sucia porque todas las labores de la casa, y aún las del huerto, iban acumulando manchas sobre sus ropas oscuras; los hermanos silenciosos en torno a la mesa, con el temor de que un ruido o un gesto, una sola palabra, provocase un violento desahogo del paterno malhumor; la pobre comida, la triste luz de la casita aldeana... ¡Oh, él quería tener una familia como esta de Guadalupe!... ¡Vivir así!...

El padre inquirió:

—¿Quiere usted acompañarnos, Aurelio?

Y él respondió rápidamente, levantándose: —No, señor; muchas gracias.

Le invadió bruscamente el rubor de su propia miseria.

—Buen provecho, añadió.

Aún buscó lentamente su sombrero y permaneció unos segundos inmóvil, en pie. Hubiera deseado que toda su interna tribulación fuese leída en él. Tuvo un momento de indignación contra aquellas gentes felices que no sabían advertir su tragedia angustiosa. En el alma de la enamorada ¿no debía haberse alzado una voz que advirtiese de su cuita?... Y la enamorada estaba allí, sonriente, mirándolo con sus ojos brilladores, ajena a su pesadumbre, ajena a él. ¡La creyó tan distante, tan otra!... ¿Por qué no se hablarán las almas sus alegrías y sus penas en ese lenguaje sin palabras que han soñado siempre los poetas?

Creció, gigantesca, su congoja. Fingió una sonrisa.

—Buenas noches.

Salió. Lupe le seguía. Andaba él anegado en su amargura, en la noción abrumadora y negra de su desamparo. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?... Aquella noche había de pasear su cuerpo cansado y hambriento por las calles de la ciudad indiferente, hostil...

Rememoró los terrores de su pasada vigilia: las calles desiertas, el perro de ojos brilladores... Cuando Guadalupe abrió la puerta, una ráfaga fría le azotó... Sintió un desaliento enorme, un gran cansancio, un miedo pueril a la soledad, a la noche, al viento...

Guadalupe le alargó sus manos. El las cogió, ávido. Y una gran ternura dulcificó todo aquel batallar de su alma. Fué como si unas aguas rugientes contra un obstáculo, lo derribasen al fin y corriesen después, mansas y planas en un cauce normal. Inclínose su cuerpo, y, sobre las manos de la novia estalló en sollozos.

—¡Aurelio! ¡Aurelio!...

Y entre las mismas manos acariciadoras, enloquecidas, contó él, como en un confesionario, su doloroso secreto:

—Ayer... me expulsaron de la fonda... No estoy en la agencia... Desde ayer... no dormí ni comí, Guadalupe.

Y rompió a llorar, abrumado, en la obscuridad de la escalera por donde subían las ráfagas. Lloraba con una angustia inenarrable, grande como la inmensidad...

\*\*\*



Y al terminar la comida, el padre habló. Le temblaba un poquito la voz, llena de emoción cariñosa.

Aurelio le oía con los ojos bajos, con una alborada de alegría y de esperanza en el alma. Y el padre ofreció, quizás con un velo de lágrimas en sus ojos:

—Pediré para usted esa plaza vacante de comprobador. En la fábrica me quieren todos; es cosa segura... La pediré como regalo de boda para mi hija. Usted es un hombre honrado...

Y fingió toser, porque la emoción ponía un nudo en su garganta.

## Wenceslao Fernández-Flórez.

En el próximo número se publicará la comedia en tres actos, original de

# A. HERNÁNDEZ CATÁ

## LA CASA DESHECHA

Imp. de ALREDEDOR DEL MUNDO, Martín de los Heros, 65.

Ayuntamiento de Madrid



Jabón  
moreno  
2,20;  
lonia,

PEDI  
fue lo  
Rosa  
final,  
VIOLE  
LES  
cia. E  
4 y 5

CORT



# PILOSUBLIMAD

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)

Consejo de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la **Calvicie**, la **Tiña Pedada** y las **Canas**. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías



Sólo yo campo  
do nadie campa.  
A bailar el bolero  
y hacer piruetas  
apuesto a todo el Orbe  
con la más guapa.  
Dale que dale,  
usaré PECA OURA  
para agradarte.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color  
moreno (siete matices) rosa o blanco.  
2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Co-  
lonia, 3,25, 5, 8 y 14 ptas.. según frasco.

PEDID las lociones y esencias para el pa-  
tuelo serie "Ideal", perfumes: ADMIRABLE,  
Rosa de Jericó, CHIPRE, Ginesta, Rosa, Ma-  
final, MIMOSA, Rocio Flor, ACACIA, Vértigo,  
VIOLETA, Clavel, JAZMÍN, Muguet, SIN IGUA-  
LES por su finura, intensidad y persisten-  
cia. Esencias, 16 pesetas estuche; lociones,  
4 y 5 pesetas, según frasco. Últimas crea-  
ciones de

CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

## Fábrica de corbatas

Camisas, guantes, - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

## UNA SEÑORA

ofrece comunicar gratuitamente a todos los  
que sufren de: neurastenia, debilidad gene-  
ral, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis,  
asma, neuralgias y enfermedades nerviosas,  
un remedio sencillo, verdadera maravilla cu-  
rativa, de resultados sorprendentes, que una  
casualidad le hizo conocer.—Curada perso-  
nalmente, así como numerosos enfermos, des-  
pués de usar en vano todos los medicamentos  
preconizados, hoy, en reconocimiento eterno  
y como deber de conciencia, hace esta indi-  
cación, cuyo propósito puramente humanita-  
rio, es la consecuencia de un voto.—Dirigir-  
se únicamente por escrito a D.<sup>a</sup> Carmen T.  
García, Salmerón, 167.—Barcelona.

### OBRAS

## de Augusto Martínez Olmedilla

que pueden adquirirse en la Administración  
de «Los Contemporáneos».

El templo de Talía  
Idilio trágico.  
Siervo y tirano.  
Los hijos.

Donde hubo fue-  
po...  
La ley de Malthus  
Siempre viva.

Precio de cada una, 3 pts.

Los lectores de «Los Contemporá-  
neos» que deseen adquirir alguna, la  
recibirán franca de porte enviando  
a esta administración, por cada to-  
mo que soliciten, 3 pesetas en sobre  
monedero, giro postal u otro medio  
análogo.



# DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO

Publicado bajo la dirección de José Alemany

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

o o o o o

Este Diccionario lujosamente encuadernado contiene:

: 2.700 páginas :	⊙	6.000 grabados
90.000 artículos	⊙	:: 77 mapas ::
: : : : 14 primorosas cromotipias : : : :		

**Precio: 15 pesetas.**

o o o o o

Antes de comprar ningún Diccionario examine usted en cualquier librería esta nueva publicación de Alemany, que acaba de editar la Casa Editorial SOPENA

Mediante el envío de 15 pesetas, remitiremos á usted por correo este novísimo Diccionario Enciclopédico Ilustrado.

**Diríjase usted a RAMON · SOPENA**

Provenza, 95.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid